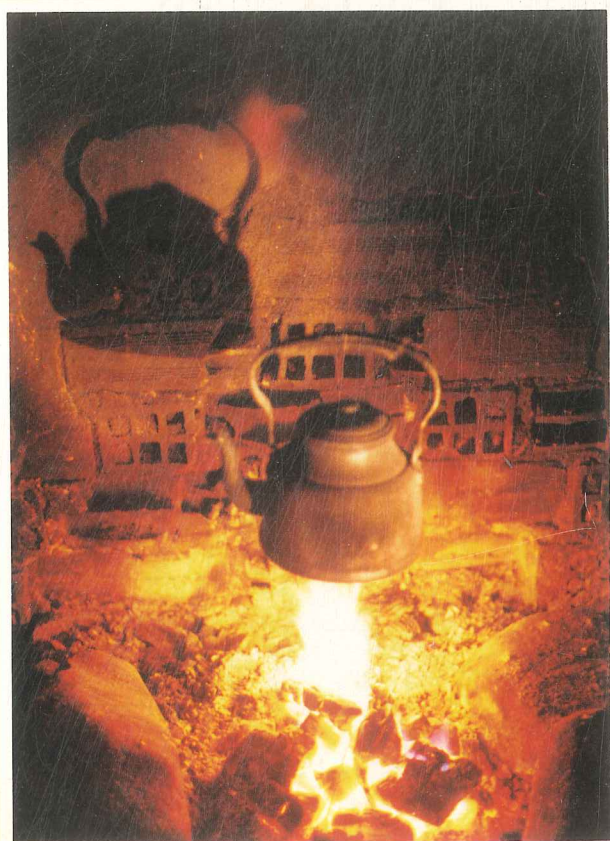


RELATOS Y LEYENDAS DE XEB-ALHAMAR



Manuel Sánchez Bracho



Manuel Sánchez Bracho, autor de este libro, nació en Estepona el 14 de Octubre de 1944. Cursó estudios de Magisterio en Málaga y en la actualidad es maestro en Estepona.

Comenzó antes de los veinte años a investigar sobre la historia de Estepona, su comarca y Sierra Bermeja. Fruto de este trabajo fueron "*Encuentro con Estepona*", libro que se publica el 27 de Octubre de 1984 y "*Estepona: Crónica contemporánea*", publicado en septiembre de 1986 con los que Manuel Sánchez Bracho va completando la trilogía que un día se propuso realizar sobre el pueblo que lo viera nacer.

Es autor junto a otros poetas estepoñeros del libro de poemas titulado ..."*Con palabras*", que el Ilmo. Ayuntamiento de Estepona publicó en mayo de 1985. Posteriormente, en noviembre de 1986, el mismo grupo publica "*Horizontes*".

Desde 1985 viene colaborando con Antena 3 como productor de programación de la historia de Estepona, Marbella, Casares y Manilva.

Es autor de la obra de teatro "*Caminando hacia Altair*" y del libro de poemas "*Sinfonía de una vida*".

Con "*Relatos y Leyendas de Xeb-Alhamar*" su nuevo libro, se propone rescatar unos hechos enraizados en la fantasía popular de unas gentes que vivieron a la sombra de nuestra sierra.

**RELATOS Y LEYENDAS DE
XEB-ALHAMAR**

6.

© MANUEL SÁNCHEZ BRACHO
I.S.B.N.: 84-398-9352-3
Depósito Legal: GR-303-1987
Dibujos: Juana Ramón
Estanislao Calderón
Portada: Daniel López
Imprime: T. Gráficos ARTE, S.A.
Camino de la Torrecilla, s/n.
MARACENA (Granada)

A Manolo y Rocío, mis hijos

Xeb-Alhamar, silencioso testigo
de la historia de un pueblo.

Junto al calor de la lumbre escuché tu
voz y encontré mis raíces.

Presentación

Siempre me ha producido satisfacción escuchar a los demás contar los hechos vividos por ellos u oídos de labios de sus mayores.

Estos aconteceres, transformados en relatos y leyendas han ido transmitiéndose de forma continua de generación en generación. Hasta hace unos años, la narración de éstos tenía su hora, su estación y su lugar. Su hora: Cuando el Sol se ocultaba tras nuestros montes; su estación: El invierno; y su lugar: Sentados frente a la lumbre.

En la actualidad estos narradores sólo podemos encontrarlos en esas pequeñas casas dispersas por las estribaciones de nuestra Sierra Bermeja, la antigua Xeb-Alhamar musulmana. En estas casas el tiempo se ha estancado. En ellas se desconoce la palabra prisa. El futuro es el presente y éste siempre en el pasado.

He ido anotando a lo largo de muchos años algunos de estos relatos y leyendas.

He intentado presentarles este trabajo de la forma más amena posible, con el único fin de compartirlos con ustedes entreteniéndoles con su lectura y que los mismos no se pierdan con el tiempo. No sería justo quedarme con ellos porque pertenecen a la fantasía popular de unas gentes que vivieron a la sombra de nuestra Xeb-Alhamar.

*El nacimiento de la
Adelfa Roja*



EL NACIMIENTO DE LA ADELFA ROJA

Se cuenta que esta leyenda es tan antigua que sucedió antes de que Andalucía fuese Andalucía y que nuestro pueblo se llamase Estepona. Antes de que se construyese el destruído castillo del Nicio actual, donde anteriormente había existido otro similar y cuando los ríos cubrían sus orillas con adelfas blancas ya que las adelfas rojas no existían.

Se dice que vivió en este castillo remoto, un rey, reyezuelo o señor, que tenía una única hija, una muchacha de dieciséis años, preciosa. La belleza de la chica hacía llegar a esta fortaleza a muchos pretendientes que solicitaban su mano y ofrecían grandes dotes y riquezas. A ella, ninguna de estas cosas le interesaba, porque solamente el amor era importante para ella y lo había encontrado en la persona de un joven, al que había conocido una mañana dulce y apacible, en una charca a la que había bajado a bañarse. (La charca a la que se refiere la leyenda, bien podría ser la Charca de las Nutrias, que se encuentra situada a la falda del castillo del Nicio y muy cerca de éste).

Un día en que la muchacha se bañaba en la charca, se dio cuenta de que era observada por un joven que se encon-

traba en la orilla de la misma. Viéndola en el agua, la creyó una diosa. Una diosa bonita y dulce, la más bonita y dulce de cuantas jóvenes había conocido en su vida. Sus cabellos eran largos y negros, sus grandes ojos azabache y su piel color bronce destacaban en aquellas aguas transparentes. Desde allí mismo le arrojó una adelfa blanca de las muchas que se encontraban junto a él. Ella, no sólo no la rechazó sino que la tomó entre sus manos y con una sonrisa la colocó en su pelo.

El joven había llegado a esta tierra procedente de otro reino, atraído por la belleza de aquellos parajes, y ahora, la misma quedaba palidecida ante aquella visión. Cuando la joven salió del agua, fue a sentarse junto a él. El tiempo pasó velozmente, sin darse cuenta, pues era agradable oír al muchacho cantar a todo lo que veía, a los peces vestidos de plata, al Sol que acudía a mirarse en el espejo de aquellas aguas, a las flores que danzaban con la suave música de la brisa, a las avecillas que llegaban a sentir la vida llena de vida y hasta al mismo erizo que movía su hocico al pie de su madriguera sintiendo la presencia de aquellos jóvenes llenos de felicidad.

Al atardecer ella tuvo que marcharse, ya que sus padres podían alarmarse con su retraso, pero quedaron en verse día tras día en aquel paradisíaco lugar.

Así fue transcurriendo el tiempo; cada día se juraban amor eterno y allí, junto a los peces, al sol, a las flores, a la brisa, a las aves y al mismo erizo, la joven pareja vivía horas de eterna felicidad.

Pero cierto día, enterado el padre de estos amores, arrojó de sus territorios al joven y además castigó a su hija a permanecer encerrada hasta tanto no impusiese ella misma una

condición para que el muchacho que la cumpliera pudiese tomarla por esposa.

Una mañana, manifestó a su padre que únicamente se casaría con aquel que pudiese traerle una flor roja de adelfa. Aún a sabiendas de la imposibilidad de tal petición, lanzaron a los cuatro puntos cardinales el mensaje: "Convertirá a la princesa en su esposa, aquel que traiga una flor roja de adelfa". Muchos partieron hacia lejanos lugares en busca de la flor, pero el tiempo fue pasando y nadie la traía. Algunos regresaban vencidos por el agotador esfuerzo realizado por encontrar lo que no existía en la Tierra.

La noticia llegó también al amado de la muchacha, que después de haber buscado sin éxito, regresó a los alrededores de los terrenos de su castillo temeroso de llegar a conocer que dicha flor había sido traída por alguno de los pretendientes. Allí estuvo escondido durante mucho tiempo, allí se quedó cantando las tristezas de su alma y la agonía llenaba su cuerpo. Después de pasar escondido mucho tiempo, su presencia fue descubierta y se mandó hacerlo prisionero ya que había desobedecido la orden de que no debía retornar a estas tierras. El padre de la muchacha encabezaba el grupo que salió en su busca. Lo encontraron en la misma charca de las Nutrias, en el mismo lugar donde su amor nació. Tan triste estaba que no hizo nada por huir de aquellos hombres que iban a matarle. Allí, cantando a su amada fue vilmente muerto, pero de sus labios no se desprendió una queja, sino que lanzó una sonrisa hacia el lugar donde sabía que se encontraba ella, hacia el castillo del Nicio.

Su sangre cayó al agua y fue esparciendo su color rojo por la superficie de aquella charca y desde ella fue tiñendo al río. De inmediato, las flores blancas de las adelfas fueron transformándose en flores rojas... A aquellas flores blancas fueron llegando trozos del alma de aquel joven poeta.

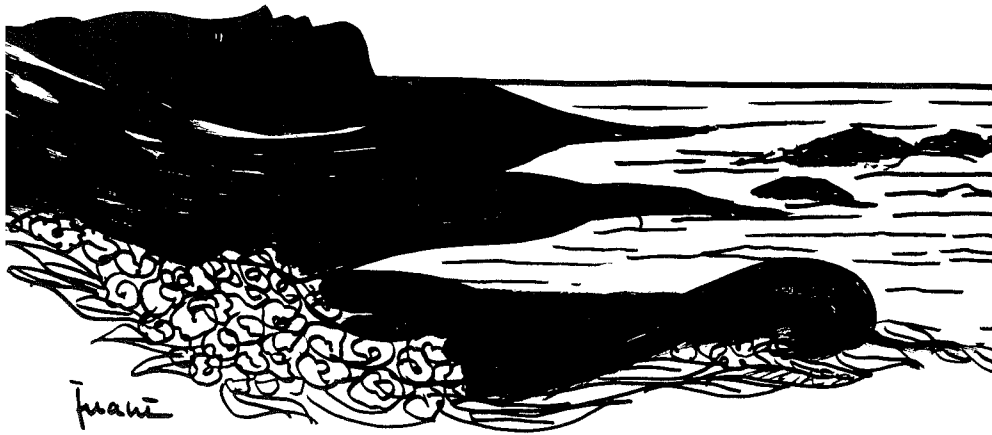
Todos se quedaron sorprendidos y abrumados al comprender que su amor por la hija del rey había sido tan grande que era capaz de vencer a las propias leyes naturales.

La joven no volvió nunca más a mirar a otro hombre y, cada mañana bajaba desde el castillo a la charca de Las Nutrias a conversar y a ver a su amado. Lo encontraba en todas partes, él estaba en cada flor roja de las adelfas y desde ese momento, las adelfas rojas fueron extendiéndose por toda la Tierra, anunciando al mundo la presencia constante del amor.

Cuando alguna vez veas una adelfa con flores rojas, guarda silencio, cierra los ojos y quizás puedas oír la voz de ella lanzando al aire el leve susurro de un “te quiero”.

* * *

La Punta de la Plata



LA PUNTA DE LA PLATA

Esta leyenda la oí contar una tarde de lluvia en una huerta del río La Cala, a uno de los agricultores que se encontraban allí refugiándose de las inclemencias de aquel tiempo borrascoso, calentándose junto a una acogedora chimenea.

Contaba que hacía muchos años, cuando “en unos sitios de España había moros y en otros no”, en una de las huertas del río La Cala vivía una familia compuesta por el matrimonio y dos hijos, un chico de unos veinte años y una chica de diecisiete, más bella que la belleza y más sencilla que las amapolas. En realidad, ella también era una florecilla silvestre. Al igual que cualquier familia campesina, cada vez que en el pueblo se celebraba una fiesta para conmemorar algún hecho acontecido, todos los componentes de la misma bajaban al pueblo y se unían a la alegría de los vecinos. Aquella ocasión no iba a ser diferente y todos estaban reunidos para celebrar algo que desconocemos. Como en cualquier fiesta hubo juegos jocosos y divertidos, carreras, competiciones, y al llegar la tarde baile para todos, al que llegó la muchacha acompañada por su hermano y varias

amigas. Allí conoció a un chico forastero, de unos diecinueve años al que nunca había visto en la población. Cuando sus miradas se encontraron ambos comprendieron que esa llama invisible pero ardiente del amor, había prendido en ellos. Bailaron y hablaron durante toda la noche sedientos por saber el uno del otro, por conocer sus inquietudes, sus anhelos, sus pensamientos. Aquella chiquilla dulce y agradable era abrazada por primera vez por unos brazos de hombre y se sentía la mujer más feliz del mundo y él, al estrecharla amorosamente, se convertía en el hombre más dichoso de la creación.

Aquella noche se juraron amor eterno. Al llegar la madrugada se marchó con su hermano para ir a descansar a casa de sus padres. Los jóvenes quedaron citados para el día siguiente en que volverían a verse en aquel mismo lugar. Habían transcurrido solamente unas horas pero habían llegado a conocerse muy profundamente. Ella supo que él era vecino de Marbella, por lo tanto musulmán, ya que ésta aún pertenecía al reino granadino, y si él hablaba perfectamente el castellano era porque aunque su padre era un caballero moro marbellí, su madre era cristiana y desde niño aprendió la lengua materna. Había acudido a aquella fiesta porque pensaba que podría pasar desapercibido entre los muchos forasteros que acudían de los pueblos cercanos y además enterarse entre los comentarios de los asistentes al baile, de los movimientos bélicos de los soldados cristianos, pues en Marbella se temía un ataque de las fuerzas enemigas. Él, supo también que el mundo de la joven se reducía al trabajo en el campo, a la cotidiana ayuda a las tareas de la casa y al deleite que suponía para ella el contemplar las huertas de limoneros que se extendían en La Cala como una explosión de la Naturaleza en toda su hermosura.

Tal y como habían quedado, la joven volvió al baile en la noche siguiente donde él la esperaba impaciente y deseo-

so. Cuando apareció en el umbral de la puerta, su belleza apagó todos los soles. Sus diecisiete años la hacían ser única, envidiable y deseable para muchos ojos que se posaron sobre ella, como los de un rico hacendado pendenciero, bebedor y mujeriego que deseó hacerla suya.

Antes de que el joven pudiese llegar a su lado, fue detenido por dos esbirros matones amigos de aquel individuo. No entendían lo que pasaba, era como una pesadilla, pero en un rincón riendo a pierna suelta, un mal hombre empeñado en humillar a otro hombre ante la mujer a la que había prometido su amor, tenía paralizados a todos los asistentes cuyo silencio sepulcral hacía presagiar lo peor. Con voz fuerte, de la garganta de aquel pendenciero salió una orden para que arrojasen de allí al joven musulmán y le trajesen a aquella joven para “hacerla su mujer”.

Fuerzas desconocidas se apoderaron de aquel muchacho al oír esta última frase y enfurecido como un león, golpeó con todas sus fuerzas y su rabia a aquellos matones, que, o bien porque les cogió por sorpresa aquel ataque, o bien porque estuviesen bebidos, cayeron al suelo fulminados por la fuerza de sus puños, con tan mala suerte que uno de ellos se golpeó la cabeza y quedó allí muerto. Ante tal situación y sin pensarlo mucho, la joven pareja huyó de aquel lugar dirigiéndose al campo donde buscar un lugar seguro porque sabían que pronto saldrían en su busca.

Permanecieron ocultos en un cerro desde donde divisaban claramente los alrededores. En una ocasión sus perseguidores estuvieron tan cerca de ellos que ante el temor de caer los dos en sus manos él obligó a la joven a dirigirse a casa de sus padres hasta que el peligro hubiese pasado y él pudiera regresar para volver y hacerla su esposa. Ella aceptó a regañadientes, porque sabía que era más fácil salvarse por separado. Aprovechando la noche él se deslizó hasta la pun-

ta de Levante de la población esteponera, (la Punta de La Plata), donde había dejado a su llegada una barca pequeña varada en un punto difícil de divisar.

Cuando ella llegó a su casa, contó a los suyos lo sucedido en aquellos dos días en que había permanecido fuera del hogar. Al atardecer, el hermano de ella regresó contando que la barca había sido descubierta y que había varios hombres apostados en la orilla de la playa esperando que llegase para matarlo. Aquella noticia fue un duro golpe para la muchacha, que sin pensarlo un instante corrió con todas las fuerzas que pudo sacar de sus piernas para intentar llegar a tiempo de avisarle.

El muchacho se había escondido entre unos matorrales al intuir que sus enemigos le seguían de cerca. Permanecía rígido, con un arcabuz en la mano, esperando de un momento a otro la salida de algunos de aquellos hombres, cuando un ruido cercano lo puso en guardia. Pudo ver perfectamente a varios hombres deslizarse por la arena sigilosamente y sintió el estruendo ensordecedor de un disparo de arcabuz muy cerca de él. En aquella situación sintió que alguien se acercaba por su espalda y disparó. Cuando quiso darse cuenta, junto a él cayó el cuerpo desplomado y malherido de su amada a la que por equivocación había disparado. El mundo se hundió ante aquel joven, que, destrozado, contemplaba en la orilla del mar un cuerpo al que la vida se le escapaba irremisiblemente.

Todos fueron saliendo de sus escondites. Todos fueron acercándose horrorizados al ver destrozada a aquella joven bellísima y todos se sintieron culpables de aquella tragedia. Todos, a excepción del joven que lloraba amargamente sus penas en aquella arena; sus penas y las de aquella chiquilla bonita que aún tenía fuerzas para sonreírle y besar dulcemente su mano, mientras las lágrimas de ambos se desliza-

ban por sus mejillas y se mezclaban al caer al suelo resbalando hacia el mar y en él iban dejando una estela blanca de plata. Esta, refulgía intensamente con la luz de la luna, formando una sábana de plata en toda la superficie del mar. La joven murió acariciando el rostro de su amado y enviándole su última sonrisa.

Dice la leyenda, que desde aquel día, a ese lugar se le empezó a conocer con el nombre de Punta de la Plata. Lo que sí podemos nosotros afirmar es que el agua en dicho punto tiene un color plateado. De cualquier forma, amigo lector, es una delicia encontrarse al atardecer en la Punta de la Plata. Una puesta de sol desde allí puede significar la sublimación de lo bello.

* * *

Las Cuevas del Duende



LAS CUEVAS DEL DUENDE

Hay en el término municipal de Estepona un cerro que se encuentra entre el río Padrón y el Castor; más alto que el castillo del Nicio, entre los Arnajuelos y los Altabacales, y algo más bajo que el puerto de Porrejón. Se conoce con el nombre de Cerro del Duende. En él hay unas pequeñísimas cuevecillas formadas por bloques de piedra bermeja, a las que todos los arrieros, cabreros y conocedores de nuestra sierra, las llaman cuevas del Duende. Hace tiempo este lugar estaba cubierto completamente de pinos, pero en estos momentos su degradación es muy grande. Desde el mismo, las vistas son grandiosas.

En una de mis salidas a los montes altos conocí a un viejo campesino muy mediatizado por el entorno en que vivía, en plena sierra. Después de hablar varias horas con él, destacaría de sus relatos la leyenda de las cuevas del Duende. Me sorprendió la fuerza y el convencimiento que tenía de su veracidad. Decía que cuando era un niño, él había llegado a ver al duende de nuestra leyenda tocando una flauta junto a la fuente del Porrejón y que otras personas incluso habían hablado con él.

Me contó que mucho antes de que los “moros” llegaran a estas tierras, estos lugares estaban habitados por hombrecillos muy pequeños, tanto como los más diminutos animalillos que huyen al vernos. Por ello sus vidas estaban siempre en peligro y esta era la razón por la que construían sus viviendas entre las oquedades y grietas de estas cuevas. Todo el cerro estaba cubierto de castaños, encinas, nogales y pinos reales.

Aquellos hombrecillos se alimentaban de animalillos que cazaban entre varios de ellos, así como de huevecillos de aves. Recuerdo la frase dicha por el campesino “Con un huevo de mirlo comía una familia”. Su vida era fácil y cómoda. A excepción de los sustos que pasaban cuando algún que otro topo llegaba hasta sus viviendas, el resto del tiempo transcurría de forma placentera. A todos les gustaba la música y la danza, por ello dedicaban a esta afición la mayor parte del día. De aquella forma feliz fueron pasando los años, los lustros y hasta los siglos.

Con la guerra entre los moros y los cristianos, la desgracia llegó a aquel diminuto pueblo. Se empezaron a talar los árboles para que los enemigos no pudiesen utilizar su madera. Aquellos árboles cortados y secos atrajeron a gran cantidad de animalillos que hacían peligrar sus vidas. Los incendios hicieron presa en aquellas maderas secas. Los pájaros desaparecieron y el entorno apacible y bello se transformó en un lugar triste y muerto. En estas circunstancias, decidieron reunirse en asamblea para determinar las medidas a llevar a cabo ante aquella situación y después de varios días de deliberaciones, decidieron marcharse a otro punto donde pudiesen sobrevivir. La marcha sería libre y voluntaria y el que lo desease podía quedarse. Ese fue el acuerdo.

Llegado el día de la partida, fueron saliendo a la superficie y dejando sus casas. Las lágrimas brotaban de sus ojos

al tener que dejar las tierras que los vieron nacer cambiándolas por otras desconocidas para ellos.

Se fueron todos a excepción de un joven, que esperaba el regreso de una muchacha que unos meses antes se había perdido al ir a jugar y a bañarse en las aguas de la fuente cercana. Allí, en aquellas aguas cristalinas y frescas jugaba un grupo de amigos cuando hizo acto de presencia un perri- llo que asustó a los duendes que corrieron despavoridos para esconderse en diferentes lugares hasta que el perro se marchase. Al pasar el peligro, volvieron a agruparse, pero faltaba uno de ellos, una dulce chiquilla a la que buscaron días y días sin encontrar rastro de ella.

Pero él tenía la certeza de que ella, de la que estaba enamorado, volvería, y no quería que se encontrase sola a su regreso; además, sin ella la vida no tenía sentido. Allí, al menos, viviría con sus recuerdos viendo los lugares en donde habían sido felices y siempre esperaría su retorno.

Entre la cueva del Duende y la fuente del Porrejón quedó esperando día tras día el nacimiento del Sol. Cantaba a las amapolas rojas que inclinaban levemente su tallo a su paso, a los lirios, a las rosas y a las florecillas silvestres, contestaba con sus alegres notas a los trinos de las aves y hasta el árbol recién brotado le ofrecía su sombra como en un saludo. Parecía que la Naturaleza intentaba alegrarle y hasta los animales empezaron a tomarle cariño. Allí, teniendo por techo el cielo, vivía feliz y esperanzado en la vuelta de su amada. A pesar de los años, nunca envejecía ya que tenía el secreto de la eterna juventud que le proporcionaba una planta que se encuentra por aquellos lugares.

“Ya me gustaría a mí encontrarla”, me dijo el campesino cuando le pregunté si sabía cual era dicha planta. Me contó también, que en las noches silenciosas se escucha el

sonido de la flauta desgranando dulces melodías para que sus notas puedan llegar a su amada y le sirvan para orientarse y llegar hasta su lado.

De los que se marcharon en busca de otros lugares nada sabemos, pero puestos a imaginar, pensemos que quizás se instalasen en cualquiera de los bellos y apacibles sitios que tiene nuestra Sierra Bermeja y que allí vivirán felices, porque no sería justo que seres que no desean hacer daño a nadie y que sólo desean pasar la mayor parte de su tiempo haciendo música, desaparezcan de la Tierra. Al menos, podemos tener la certeza de que mientras estén en nuestras mentes estos personajes de leyenda vivirán eternamente.

Quizás alguna noche oigamos el sonido de una flauta a lo lejos. Si es así, pongamos mucha atención, porque su melodía la produce un hombrecillo pequeño que se hace eterno, porque eterno es su amor por una joven a la que espera.

¡Si yo supiese dónde se encuentra!... ¡Cuánto daría por encontrarlo!

* * *

La Punta de la Doncella



LA PUNTA DE LA DONCELLA

Se dice que el hecho que vamos a narrar sucedió en la época cristiana, después de 1550 y en el lugar que hoy conocemos como Punta de la Doncella, donde está situado el faro de Estepona. Por supuesto que el estado en que antaño se encontraba este paraje era bien distinto al actual ya que después de la construcción del muro de Levante de nuestro puerto se formó una playa debajo del faro.

Se cuenta que la joven hija de unos ricos hacendados se había enamorado de un apuesto muchacho que era de una situación económica inferior a la suya, al que quería y amaba en secreto. Pero sus padres, como era costumbre en dicha época, la habían prometido en matrimonio al hijo de una familia acomodada al que ni siquiera conocía.

Una mañana la joven fue llamada por sus padres y le comunicaron la decisión que habían tomado. Estos notaron la cara de contrariedad y desagrado que tal noticia produjo en su hija aunque no hiciese el menor comentario al respecto.

Como era habitual, aquella tarde se vio con su amado y le comentó cuales eran las intenciones de sus padres. Al conocer esta noticia el joven lloró de rabia y le rogó que huyese con él a un lugar lejano donde nadie pudiese encontrarlos. Pero la joven temerosa de desobedecer y desafiar a sus mayores se negó a huir con él pero sí le prometió que jamás sería de otro hombre.

De regreso a su casa la doncella suplicó a sus padres que anulasen la promesa de casamiento que habían dado a la otra familia. Argumentaron razones para convencerla de que sus motivos no habían sido otros que los de procurar su felicidad y que ya no podían volverse atrás, que la fecha de la boda ya estaba prevista.

Un mes más tarde la joven, cubierta por un bello y largo traje, contraía matrimonio con aquél desconocido. En un rincón del templo, otro hombre presenciaba la escena mientras por sus mejillas resbalaban dos lágrimas llenas de rabia por sentirse engañado por la mujer que quería y que había olvidado la promesa que hizo de no ser de ningún otro hombre. Huyó del templo y fue a refugiarse al lugar junto al mar donde diariamente se veía con su amada en los tiempos en que eran felices juntos.

Después de la ceremonia religiosa los asistentes fueron obsequiados con una gran fiesta preparada por los padres de la joven desposada y celebrada, como era costumbre, a las afueras del pueblo, por los alrededores de la actual plaza de toros.

Tan cerca estaba de su amado abandonado, que a éste le llegaba el sonido de la música, de los cantos y risas de los asistentes. Pero de pronto, las risas se convirtieron en gritos de terror al ver los invitados cómo la joven desposada, para llevar a cabo su promesa de fidelidad se lanzaba al abismo

desde lo alto de las rocas situadas junto al mar. Su cuerpo cayó junto al lugar donde amargamente lloraba el joven amante. Él fue el primero que se acercó a aquel ser al que aún le quedaba fuerza para entregarle su última mirada de amor. Abrazándose tan tiernamente como nunca lo habían hecho, la joven murió. Entonces él vio cómo en el dedo de su amada en lugar de estar el anillo de desposada, brillaba el que él le había regalado. Su llanto de rabia se transformó en desesperación al contemplar el cuerpo sin vida de aquella chiquilla a la que tanto quería.

Quiso el destino que al acercarse todos al acantilado, una de aquellas piedras quedase suelta y fuese a caer sobre el infortunado muchacho causándole la muerte, a la que quizás estuviese llamando en esos momentos. Allí abrazados, ante los ojos de todos, dos cuerpos unidos para siempre eran arrastrados por las olas que chocaban contra los acantilados.

Desde entonces a este sitio se le conoce como Punta de la Doncella, y si alguna vez, amigo lector, te acercas a este lugar, comprobarás que el viento tiene un sonido especial, distinto, como si nos trajese un murmullo de voces llenas de amor.

* * *

El Colmenero



īnani

EL COLMENERO

En el mundo entero tuvo fama la miel de Estepona. Dicen los entendidos en esta materia que la principal característica y lo que la hace diferenciarse de las demás es su olor. Un olor a tomillo, romero y azahar que la hace ser única. No hay duda de que la materia prima con que se fabricó debió ser de primera calidad. Esta sería la causa y no otra. Sin embargo, entre los antiguos colmeneros corría una leyenda que se pierde en los tiempos más remotos y que encontraba otra justificación a la bondad de nuestra miel.

Contaban que muchos años antes ocurrió un hecho a un colmenero de nuestra campiña, al mejor que hayan tenido estas tierras. Tantos años llevaba con sus abejas, que entendía lo que éstas decían. Tenía un oído tan fino que podía oír sus lamentos y quejidos.

Y dicen que estando un día cambiando sus colmenas de sitio a un lugar próximo, observó cómo una abeja reina, descomunal, iba a ser atacada y devorada por una gran araña que había conseguido atraparla en su pegajosa tela. Los gemidos de desesperación de la abeja fueron captados por

nuestro colmenero que prestó su ayuda sin perder un segundo, poniendo sumo cuidado en no herir a quien proporcionaba tan rico sustento. Libró a la abeja de la repugnante araña ante la alegría de las demás al ver a su reina a salvo. Danzaron revoloteando sobre la cabeza del colmenero que se sentía orgulloso de haber salvado a aquella beneficiosa criatura.

Cansado por la mañana agotadora de trabajo, después de comer el costo, el colmenero se tumbó bajo un árbol para descansar un rato. Entonces tuvo un sueño en el que vio cómo iban llegando abejas de todos los lugares y rincones de los campos esteponeros y cómo se reunían en asamblea alrededor de una de las reinas que parecía ser la reina de todas las colmenas. Escuchó cómo se proponía hacer algo extraordinario para premiar la acción de aquel colmenero y entre las variadas propuestas formuladas se escogió una que estipulaba que mientras que los colmeneros esteponeros no hiciesen una mala acción con ellas, todas se comprometían a esforzarse para obtener la miel más olorosa y rica del mundo. La asamblea se disolvió contenta con esta idea y cada enjambre se fue retirando satisfecho hacia su colmena.

Cuando nuestro hombre despertó se marchó presto a contar su sueño a los demás colmeneros que por aquellos tiempos eran muchos. Un poco incrédulos le escucharon y esperaron a que llegase el tiempo de retirar los panales y fabricar la miel. Mientras, observaban cómo las abejas trabajaban con más entusiasmo y buscaban con más afán las mejores flores para tomar de ellas su néctar. Al llegar el tiempo de la fabricación de la miel y una vez que estuvo terminada fue probada ante la expectación de todos.

¡No salían de su asombro!. Nunca habían probado otra tan exquisita y olorosa como aquella. Desde aquel día creyeron en el viejo colmenero que, sonriente, contemplaba

la felicidad de todos sus compañeros a los que de todos los lugares les solicitaban miel.

Todos se comprometieron a cuidar con esmero y a prestar la máxima atención a sus enjambres. De ahí la fama que llegaron a obtener fuera de nuestras fronteras, no sólo por la calidad de su miel sino por la competencia y profesionalidad de sus hombres.

Hoy son pocos los que se dedican a este trabajo, pero si algún día tienes la oportunidad de verlos trabajar por los campos esteponeros, verás con qué amor y delicadeza llevan a cabo su tarea.

Mientras cuento esto, llega a mí el olor de la meloja que tomábamos los chiquillos para merendar en aquellas tardes lejanas en el tiempo, pero nunca en el recuerdo, porque ese está aquí siempre muy íntimamente ligado a nosotros.

* * *

Pasadizo del Amor



PASADIZO DEL AMOR

Cuando Estepona pertenecía al reino nazarita de Granada, el primer mandatario de la villa, que vivía en el castillo fortaleza existente, tenía entre sus hijos a una joven, bella como los jardines que lo rodeaban, a la que le gustaba bajar a la orilla de la playa y sumergir sus pies en las frescas y limpias aguas. Vista así era como un reto a la belleza del paisaje, como la blanca gaviota que se paraba en las rocas.

Así la vio un joven que procedente de lejanas tierras acababa de llegar a Estepona con su carga de sedas, brocados y maravillosos productos deseados por todas las mujeres ansiosas de realzar sus encantos con aquellos deslumbrantes tejidos y por ello, en cuanto llegaba a una población y abría sus baúles en el centro de la plaza, se encontraba rodeado por el público femenino.

Cuando el joven contempló aquellos ojos, el brillo de todas las telas, incluso el del Sol, quedaron oscurecidos y apagados. No había nada que se le pareciese. Se acercó junto a ella para mostrarle las telas más caras, pero su sorpresa aumentó cuando vio que a la joven no le interesaban y en

cambio preguntaba con mucho interés por las costumbres de otras tierras, por el color de la piel de otras razas y por miles de cosas a las que él contestaba contándole las mil aventuras que los viajes a Oriente le deparaban. Aquella mujer era distinta a todas. Y el amor floreció, como florece aquel limonero en La Cala.

Pero el padre de la joven quería para su hija un marido noble y poderoso, así que la encerró en una de las torres del castillo para evitar que pudiera ver al joven y atrevido vendedor que fue desterrado del pueblo. Pero el fuego de su amor, lejos de apagarse, creció como abrasadora hoguera.

Sabía que el rey no sería compasivo si lo detenía, y por tanto, desafiando las órdenes, trazó un plan. Compró una casa en el pueblo, en la actual calle Mondéjar, a donde acudía protegido por las sombras de la noche y que abandonaba al rayar el alba. Desde ella empezó a construir un pasadizo que uniese la casa con el torreón. Tras mucho y duro trabajo, consiguió su propósito y pudo tener en sus brazos a la bella mujer de sus sueños. Sus horas de amor compensaron todos los riesgos, porque la felicidad durante ellas era desbordante y cada noche, aquellos cuerpos jóvenes se fundían así como sus almas en una unión que el cielo alumbraba prestándoles la luz más hermosa de la Luna llena, mientras la fragancia de las rosas impregnaba el aire. No le pedían a la vida nada más que aquellas horas robadas al inexorable destino y cuyo recuerdo era capaz de hacerles olvidar las duras jornadas en las que la ausencia era tan dura. Así estuvieron viéndose durante un año. Pero el cielo a veces es injusto con quien más ama la vida y trunca las ilusiones sin piedad, como el viento doblega algunas veces las flores más bellas.

Desde Fuengirola llegó la noticia de que Enrique IV había asolado el castillo de Sohail y amenazaba con destruir

Estepona. Al conocer el joven esta noticia cabalgó sin descanso para llegar a Estepona y lo hace casi al mismo tiempo que las tropas cristianas asaltan la villa. Es consciente de que en el intento de salvar a su amada su vida corre peligro, pero sin ella él ya no sería nada, así que desesperadamente recorre el tramo de pasadizo que les separa y que le parece más largo que nunca. Cuando llega a la torre encuentra a la muchacha llena de temor, se abrazan y cuando apenas habían empezado la huida una flecha hace blanco en el joven que, muere en los brazos de la mujer a la que adoraba. Ella siente en ese instante que el cielo se estremece y el aire recoge sus lamentos como queriendo guardarlos para sí. Es entonces cuando los soldados cristianos toman la torre y ella al verlos, en su desesperación, intenta arrojar al vacío acercándose al borde de la almena, pero las tropas lo impiden y la llevan prisionera a lejanas tierras donde murió añorando a su amado.

Hay quienes dicen que noche tras noche, el espíritu de la joven acude a la torre en busca de su amor y que éste la espera con los brazos abiertos. También se dice que en las noches de Luna llena pueden verse dos siluetas recortadas en el firmamento, fundidas en un abrazo perpetuo que nadie podrá separar. Y al hacerse el silencio sobre el pueblo, se pueden escuchar los lamentos que el aire guarda en su regazo y un aroma a rosas se percibe en sus cercanías.

* * *

El Tesoro Escrito



Juan

EL TESORO ESCRITO

La última leyenda que ha llegado a mis oídos ocurrió no hace mucho tiempo. Quienes me la contaron se la habían escuchado al propio protagonista.

Fue allá por la década de los treinta, cuando un mozo recién casado, iba a lomos de su caballo recorriendo el camino que hacía diariamente desde Estepona a su finca, que se encontraba situada en los límites del término municipal de Estepona con el de Casares, concretamente en el lugar conocido como la Venta del "Lato".

Por esta época el Camino de Casares era de herradura y los vecinos lo utilizaban para ir y venir de una a otra población. Aquella mañana, a José le acontece por primera vez un hecho que, a simple vista, puede producir incredulidad, respeto e incluso a algunos temor o miedo.

Tarareaba el joven una serrana mientras cabalgaba sobre su caballo contento porque así era su carácter de hombre sencillo pero optimista, cuando observó que era seguido por un perro pequeño de color negro y de aspecto travieso y juguetón, a lo que no dio ninguna importancia, pues no era

la primera vez que parte del trayecto lo hacía acompañado de algún perro que andaba por los caminos, pero su sorpresa sobrevino cuando su caballo comenzó a sentirse nervioso y al intentar tranquilizarlo se aperció de que el pequeño perro se había transformado en un perro de mayor tamaño.

Él no sintió miedo y continuó su camino observando que el perro iba aumentando considerablemente hasta alcanzar la altura del caballo, por lo que comenzó a desconcertarse. Al llegar al paraje denominado Los Castillejos, el perro desapareció sin dejar el menor rastro. Fue entonces cuando se puso nervioso e incluso atemorizado, sobre todo porque cada vez que se dirigía a la venta del “Lato”, al llegar a la encina solitaria, se repetían los mismos hechos.

Hasta que un día, al llegar allí, en lugar de encontrar al misterioso perro vio que sentada bajo ese árbol estaba una viejecita acompañada de dos chiquillos que colocados a su lado portaban en sus manos una vela encendida. Bajó de su caballo y preguntó a la anciana el motivo por el que se encontraba en ese lugar que se había convertido para él en una obsesión, a lo que ella le respondió que le estaba esperando. Aquella respuesta aumentó su desconcierto, sobre todo al explicarle la mujer que el perro que se le aparecía era el espíritu de un bravo soldado morisco que antes de haber sido expulsado de España había escondido un “tesoro escrito” y que deseaba que ahora él fuese poseedor del mismo, y que este tesoro se encontraba escondido en una caja de madera enterrada en el borde izquierdo del camino que recorría y a unos quinientos metros de la Venta. Dicho esto, la viejecita desapareció y él, temeroso, no se atrevió nunca a desenterrarlo.

Lo sorprendente de este relato es que exactamente en el mismo lugar que se supone nunca había revelado a nadie, fue abierto un gran hueco con una máquina aprovechando

la oscuridad de la noche. Nadie supo quién profanó aquel lugar, pero sí puedo atestiguar que una tarde encontré casi a la misma altura del terreno saqueado, una gran cantidad de restos defectuosos de piezas de barro cocido y tejas de la época morisca junto a otros de épocas más recientes. También cerca de aquí hay un lugar conocido como “La Joya del Tesoro” del que hablo en mi libro “Encuentro con Estepona”.

* * *

El Nacimiento del Arco Iris



EL NACIMIENTO DEL ARCO IRIS

Recuerdo que cuando era niño me sentía completamente feliz el día en que en el cielo antes cubierto de nubes, aparecía el arco iris y su color inundaba el aire de nuestro pueblo. Hoy he vuelto a sentirme feliz porque ahí, luminosamente bello se encuentra el arco iris, y al igual que entonces, he vuelto a emocionarme. Sí, aquel maravilloso espectáculo de colores llenaba mis sentidos y me hacía permanecer inmóvil mirándolo extasiado.

En mi infancia yo no entendía por qué salía solamente en los días lluviosos, por qué era el mensajero de la lluvia, el alguacil del cielo. Entonces yo desconocía la descomposición de la luz del sol al atravesar las gotas de lluvia, ni falta que me hacía porque yo únicamente sabía que aquello me gustaba y me hacía sentirme bien. Más de una vez me sentí su dueño y pensaba que él llegaba para hacerme feliz. Otras veces pensaba que él salía de noche mientras yo dormía y por eso no podía verlo con frecuencia, por ello deseaba fervientemente ser mayor para poder quedarme despierto y poderlo ver durante la noche. Fue mi madre la que me hizo ver el arco iris por primera vez, la que me hizo apreciar su

belleza y la que me contó una hermosa leyenda que ella había escuchado a sus mayores y que no he olvidado. He dudado entre escribirla y hacerla llegar hasta ustedes o seguir guardándola entre mis recuerdos por ser la leyenda que considero más mía, algo que forma parte de mi ser, de mi infancia, de mis sentimientos y que es como un fragmento de mi alma, pero al final he decidido compartirla con ustedes.

Cuenta la leyenda que la sequía azotaba duramente nuestras tierras durante un período tan largo que los campos empezaban a secarse, los trigos no llegaban a espigar, las hierbas no brotaban, e incluso las flores se marchitaban, convirtiendo al campo en un lugar triste y moribundo. Fue entonces cuando aconteció un hecho que dio origen a esta narración.

En una casa de campo vivía una familia campesina con varios hijos de entre los que destacaba un niño de unos nueve años que poseía unas grandes dotes artísticas, que se sentía feliz con un pincel entre sus manos saliendo al campo a pintar flores, piedras, pájaros y hojas de colores maravillosos. Pero se entristecía al escuchar los constantes lamentos de sus padres por la falta de agua. Todos los vecinos soportaban el mismo problema y la escasez y la miseria llegaban a los pueblos porque al perderse las cosechas, irremisiblemente la muerte de muchos animales y ganado hacían la vida muy difícil y pobre a muchos hogares.

Aquellos comentarios torturaban al niño que se acostó atormentado por negros pensamientos. Cuando se quedó dormido, un sueño le invadió llenándole de dicha, porque soñaba que llovería cuando en el cielo apareciese un arco de muchos colores, que sería tan bello que las nubes no tendrían más remedio que enternecerse al contemplarlo y llorar emocionadas viéndolo. Al llegar la mañana se sentía tan contento que quería contar su sueño a todo el mundo, ade-

más estaba seguro de que él podría subir hasta el cielo y pintar con los colores de su paleta un arco que sería tan bello y hermoso como para lograr la ternura de las nubes, pero la gente no le hacía caso y se reían de él compadeciendo su falta de sentido al intentar subir al cielo donde nadie hasta entonces había conseguido llegar.

Pero él no se amilanó ante las burlas y al amanecer el día siguiente, cuando el Sol empezaba a alumbrar los campos, recogió sus pinceles, sus pinturas que estaban contenidas en siete botes diferentes, tomó un trozo de pan y otro de queso, besó a sus padres y a sus hermanos explicándoles que había madrugado tanto porque iba a realizar sus pensamientos. El joven pintor caminó y caminó durante largo tiempo, subió grandes y altas montañas hasta que llegó a una muy alta. En ella descansó reponiendo fuerzas con un almuerzo, preparó sus pinturas, llamó a voces a los dioses del cielo con tanta fuerza que éstos escucharon su voz y bajaron a su lado para escucharle. A ellos solicitó ayuda para llegar a los cielos y realizar su cometido porque deseaba salvar la vida de muchos niños, de muchos hombres y de los animales. Los dioses escucharon atónitos esta petición respondiendo que podían ayudarle a llegar allí pero que no podría regresar jamás, por lo que debía meditar su decisión; pero el joven estaba decidido, además no supondría ningún sacrificio porque allí siempre estaría pintando y eso era lo que más le gustaba. Por eso, confirmó su deseo y su firme decisión, por lo que fue elevado hasta un lugar muy alto, tanto que desde él veía todas las cosas de unas dimensiones muy pequeñas.

Rápidamente tomó un pincel y empezó a pintar a gran velocidad porque deseaba terminar cuanto antes para que la lluvia llegase pronto a la tierra, así que trabajó con tanto tesón que antes del mediodía terminó su obra y el resultado fue asombroso, un arco grande abrazaba el cielo con la tierra, desgranando en su recorrido siete bellas líneas de colo-

res colocadas con tal armonía que las nubes se emocionaron al verlo.

Tanto llovió que el campo renació con nueva vida. Los trigos espigaron cubriendo de amarillo oro la llanura y las flores, las plantas, fueron como una explosión de color sobre la campiña. De nuevo volvió la sonrisa a los rostros de los niños porque estos respiraban felicidad en sus casas como reflejaban las caras de sus padres. A partir de ese momento, el niño pintor desde su celeste estudio continuó pintando arcos iris que llenasen de felicidad a los humanos.

Por eso, amigo lector, cuando veas un arco iris en los días lluviosos como si fuese una mágica paleta repleta de color, imagina que hace tan solo unos instantes ha sido pintado por las manos de un artista diferente a los demás, tanto que ha sido capaz de pintar los cielos y que tal vez, escondido tras una nube está siendo el artífice de que la carita asombrada de un niño que por primera vez vea el arco iris se ilumne con una sonrisa.

* * *

El sitio de la Zaina



EL SITIO DE LA ZAINA

La Vega de la Zaina se encuentra en el río Castor, entre la casa del guarda de Nicola y el puerto de las Tiendas. La soledad del entorno donde se desarrolla nuestra leyenda hace que esté rodeada de un hálito misterioso que la convierte en atractiva para todo aquel que la escucha.

Cuenta la leyenda que allá por el siglo XVI, cuando fueron expulsados muchos moriscos de esta zona, varias de las familias que partían hacia África decidieron reunir el dinero que tenían entre todos y esconderlo en un lugar en el que estuviese seguro y cuando las circunstancias cambiasen pudiesen regresar a recogerlo. Vivían en alquerías que se encontraban en las márgenes del río Castor. Bajo la luz de la Luna que les ocultaba de miradas delatoras, fueron a un lugar solitario que les pareció idóneo para esconder la fortuna que a lo largo de muchos años de trabajo y sacrificio habían logrado ahorrar y una vez allí, enterraron una gran bolsa que contenía todas las taleguillas que poseían.

Ya estaba amaneciendo cuando regresaron a sus hogares que en los días siguientes tuvieron que abandonar, lle-

vándose únicamente la pena que les suponía el abandono de aquel lugar que les vio nacer y con el que se sentían identificados. Hicieron un plano del punto donde sus bienes quedaban escondidos y lo dividieron en varias partes repartiendo los trozos, con la idea de reunirse pasado algún tiempo para poder rescatarlo.

Pasaron los años y cierto día, en los albores del siglo XIX llegaron tres jóvenes buscando lo que ellos llamaban la Vega de Zaina, pero nadie conocía tal paraje a pesar de que por las características que indicaban se asemejaba a un lugar situado junto al río Castor y hacia allí se encaminaron. Tu vieron que pasar dos meses esperando a que llegasen otras dos personas que poseían las dos partes del plano que faltaban para completarlo y localizar el punto donde sus antepasados habían escondido el fruto de largos años de trabajo y lucha, pero el tiempo pasaba y nadie aparecía por allí o si lo hizo, su presencia no fue detectada y al cabo de un tiempo los jóvenes tuvieron que marcharse desesperanzados y desilusionados.

Desde ese momento, a aquel lugar se le empezó a denominar Vega de la Zaina. Esta palabra me sorprendió cuando vi que significaba bolsa para guardar dinero. Realmente aquellas personas lo que guardaron fue una zaina.

Quizá, alguna vez, la casualidad haga que alguna persona encuentre este tesoro. Posiblemente servirá para mitigar algunas penas y sea el fruto nacido de la semilla de trabajo y sudor sembrada en la tierra por aquellos hombres. Quizás algún día vuelvan a visitarnos nuevamente personas que surquen el mar Mediterráneo y sean descendientes de aquellos y tal vez lleguen hasta la Vega de la Zaina y encuentren un tesoro que es suyo, porque ellos son sus herederos, o tal vez nunca aparezca y la tierra guarde para sí celosamente su secreto.

Si alguna vez, amigo lector, te encuentras en dicha vega, piensa que a lo mejor estás sobre un tesoro, el tesoro de una tierra hermosa, fuerte, pero también enigmática.

* * *

El Torreón de la Bruja



Juani

EL TORREÓN DE LA BRUJA

Este relato o leyenda lo oí contar hace bastantes años, cuando yo era un chiquillo.

En un lugar de la actual calle Torrejón, (desconozco el punto exacto), existió en tiempos muy antiguos un castillo que el tiempo fue poco a poco destruyendo, dejando en pie solamente uno de sus torreones. Allí quedó escondido un tesoro que uno de los últimos habitantes decidió enterrar ante la inminente llegada de sus enemigos.

Al pasar los años, la noticia de la existencia del tesoro hacía que los habitantes mirasen al torreón con codicia, pero no se atrevían a ir a buscarlo porque se decía que en él se encontraba un mal espíritu que a costa de todo, impediría la entrada a quienes intentaran descubrir su secreto. Además, varios sucesos ayudaron a fomentar tales creencias. Uno de ellos fue el accidente que sufieron dos jóvenes al caer desde la parte alta del torreón al hundirse el techo del mismo ocasionando la muerte de los muchachos. Todo el vecindario reafirmó la culpabilidad de que el hundimiento lo había provocado el mal espíritu que se había adueñado

del lugar y del tesoro, tanto que el misterio tomaba mayor dimensión y nadie osaba acercarse.

El segundo hecho aconteció cuando llegó a la población una anciana mendiga, vieja y maloliente vestida de negros harapos y que cubría su cara con un viejo y tupido velo. Al no encontrar un lugar en el que cobijarse del frío de la noche, buscó refugio en el torreón donde continuó viviendo y haciendo de aquel trozo de castillo su morada.

Si hasta entonces el enigma había sido grande, ahora con aquel extraño ser viviendo en su interior, las cotas que alcanzaba eran increíbles. En todas partes comenzó a llamársele “La Bruja del Torreón” y cuando mendigaba por las calles y casas la gente no se atrevía a negarle una moneda por temor a una maligna influencia, con lo que la vieja iba almacenando un verdadero tesoro.

Pasado el tiempo, comenzaron a ocurrir fenómenos muy extraños ya que los vecinos cercanos decían que en la noche se escuchaban gritos de terror mezclados con voces y risas lujuriosas. Durante varios meses varias jóvenes del lugar habían desaparecido sin dejar rastro y aunque había quien comentaba que podían haberse marchado con algún marinero de los muchos que llegaban a nuestro puerto, otros pensaban que su desaparición estaba relacionada con lo que estaba sucediendo en el torreón pero el temor los paralizaba.

Empezaron a llegar personas de lejanos lugares que montaban soberbios caballos. ¿Qué ocurría?. Un grupo de jóvenes decidió aproximarse al castillo intentando descifrar tantos interrogantes. Ellos no eran cobardes y aunque tomando las precauciones necesarias, aprovechando una noche en que la oscuridad era muy intensa se acercaron lenta y sigilosamente. Un fuerte alarido rompió el silencio, acom-

pañado de unos cantos extraños y desconocidos que les hicieron estremecerse. Cuando llegaron a la puerta vieron a la vieja bruja sentada en una gran silla, semejante a un trono. Cuando los cantos cesaron a su alrededor se fueron congregando un grupo de hombres y mujeres que comenzaron a danzar con grandes movimientos de brazos acompañados de convulsivos saltos; terminados éstos, todos los presentes se entregaron una verdadera orgía sexual.

Aquel espectáculo desconcertó a los jóvenes. Uno de ellos reaccionando ante la sorpresa subió por una de las ruinosas paredes hasta llegar a la parte superior del torreón pero bien por el peso de su cuerpo o por el estado precario de la construcción, parte del techo se desplomó cayendo encima de la vieja que lanzando un enorme alarido murió, convirtiéndose su cuerpo en una bengala de fuego.

Todos los presentes huyeron despavoridos. Al día siguiente los vecinos se acercaban para comprobar que la vieja había muerto pero se sorprendían al ver que su cuerpo no estaba, quedando tan solo unos jirones de tela sobre el sillón. El pueblo entero aprobó la idea de destruir el torreón y con ello la pesadilla que suponía para todos, así que sin pensarlo más se pusieron a trabajar y en varios días la torre desapareció. Nadie encontró en ella ningún tesoro escondido, ni siquiera el dinero que la bruja había atesorado. Si lo hubo, quedó allí enterrado entre aquellas piedras, como quedó enterrado el miedo y la angustia que su presencia producía a la población. La tranquilidad volvió a aquellas gentes que habían vivido preocupados durante años.

Me contaron también que en algunas noches de oscuridad cuando la luna se esconde tras las nubes, se oye algún alarido en sus alrededores. Yo, la verdad, no he sentido nunca deseos de comprobar su autenticidad.

La Diosa Oropel



LA DIOSA OROPEL

En varias ocasiones he oído contar esta leyenda, con algunas variaciones, pero siempre con el mismo fondo. Así, a D. Tomás Vallejo le gustaba contarla a sus alumnos allá por los años cincuenta.

Cuentan que en nuestras tierras malagueñas vivía una diosa llegada de un lugar donde el frío y la noche reinaban la mayor parte de los días del año. Una tierra cubierta de nieve y de cielos grises, de brumosas mañanas sin sol. Así que al pasar la diosa por aquí para trasladarse a otro reino, quedó impresionada por la luminosidad que había en nuestras costas permanentemente así como por la suavidad de su clima. Iba cabalgando sobre un blanco, majestuoso y grácil caballo, seguida de una gran comitiva y ante esta visión ordenó a su séquito bajar a la tierra. Así se hizo y se dispusieron a conocer este paraíso.

Oropel, pues este era el nombre de la diosa, admiró el mágico espectáculo que se extendía ante su vista en forma de flores, muchas flores de colores diversos, multicolores y variadas que se inclinaban a su paso; era un espectáculo

vivo, magnífico, pero por encima de todo brillaban como ascuas de luz, como estrellas del campo prendidas en los árboles, unos frutos de oro, abundantes, plenos de vida y de belleza, por lo que el cálido horizonte que se extendía ante ella le atraía poderosamente. Decidió probar uno de aquellos frutos y encontró que su sabor era exquisito; lo mismo le pasó a sus acompañantes que no cesaban de ensalzar su dulzor. Hasta tal punto agradó este fruto a la diosa, que decidió quedarse aquí para siempre y aquí se sintió feliz, muy feliz, tanto que pronto olvidó su antiguo reino.

Pasaron los años, cientos y cientos de años, o quizás miles, muchos miles de ellos, cuando cierto día surcó las aguas de nuestro mar un barco que llevaba a bordo a un gran héroe, a un poderoso y fuerte guerrero procedente de un país lejano. No sabemos si por abastecer su bodega o por arreglar alguna avería del mismo, éste se acercó a la orilla de las playas cercanas a las columnas de Hércules. En este lugar, Castor, que así se llamaba nuestro héroe, se enteró de que la diosa Oropel se encontraba muy cerca. Decidió reanudar la marcha e ir en su búsqueda, partiendo rápidamente con un grupo de sus hombres caminando hacia Levante, hasta que encontró grandes campos en los que unos árboles con frutos de oro inundaban el aire de aromas de azahares que embriagaban sus sentidos, y su sorpresa ante el inmenso vergel, ante aquella luz que penetraba en sus ojos logrando que el duro guerrero, hasta ahora insensible, sintiese sensaciones nunca experimentadas.

Preguntó a los lugareños dónde podía encontrar a la diosa y éstos le indicaron que tendría que subir al pico más alto de Sierra Bermeja, la mastodónica montaña que se levantaba ante sus ojos majestuosa, cubierta de verde. Todo cuanto se divisaba desde el pico de Los Reales hasta aquellas huertas de naranjas, pertenecía a la diosa Oropel.

A la mañana siguiente, tras haber descansado, Castor emprendió la marcha en busca de la diosa a la que deseaba pedirle toda clase de suertes y parabienes para la empresa marinera que intentaba llevar a cabo. Para buscarla caminó entre veredas y caminos llenos de tomillo y romero y aquellos olores finos y penetrantes hacían que se sintiera bien. Cada vez que subía un tramo de la pendiente volvía su mirada hacia atrás e iba comprobando sorprendido cómo parecía que cuanto más alto subía más cerca estaba del mar, era como si pudiese tocar con la mano aquellas barquillas que se encontraban fondeadas en la orilla. Llegado al pico de Los Reales contempló un amplio territorio formado por llanuras, valles y montes donde la vegetación era muy abundante, bosques de encinas milenarias y de frondosos helechos que impregnaban el aire con su aroma característico. Castor comenzó a gritar con toda la fuerza de sus pulmones pidiendo audiencia a la diosa e inmediatamente su voz fue oída y ante él se presentaron unos servidores que le acompañaron ante su presencia. Ésta, lo recibió con los honores que se rinden a los grandes héroes.

Castor quedó impresionado de la belleza de la diosa y prendado de su sencillez. La lluvia de amor desprendida de los ojos del muchacho no pasó desapercibida a la diosa que lo hizo permanecer a su lado muchos años, durante los que Oropel se convirtió en mujer y amó como las mujeres aman a los hombres que aman, con la fuerza de mil ríos unidos en uno solo, como ciento tres huracanes golpeando el mismo punto, pero con la ternura con que se aman las aves. Por el contrario, Castor se sintió un dios al ser amante de la diosa que al amar se sintió humana. De este amor Oropel tuvo una hija a la que llamó Alborada, porque ella fue la luz del amanecer de dos vidas.

Pasaba el tiempo para Castor saboreando la felicidad y la dulzura de la vida, pero tenía una misión que cumplir y

debía regresar a su país para realizarla. Aunque Oropel intentó retenerlo a su lado, Castor sabía que tenía que partir y aunque con el corazón desgarrado por la pena que le embargaba, se marchó deslizándose su barco suavemente, mientras de sus ojos caían las lágrimas más tristes del mundo. La diosa y su hija quedaron esperando el regreso del guerrero con la esperanza en el corazón.

Esta leyenda es parecida a la relatada por Homero en La Odisea. Sabemos que en ella Ulises a su regreso a Troya naufragó en la isla de Oggia en el mar Jónico, de la que era reina la mitológica ninfa Calipso, hija de Tetis y del Océano. Calipso se enamoró del héroe-guerrero Ulises, le colmó de agasajos y le retuvo junto a ella durante siete años con sus encantos. Calipso no pudo hacerle olvidar a su mujer Penélope a pesar de haberle ofrecido la inmortalidad si accedía a desposarse con ella. Cuenta Homero que, compadecidos los dioses de lo ocurrido a Ulises, Zeus ordenó a Calipso que le dejara partir.

* * *

El Callejón de los Lobos



EL CALLEJÓN DE LOS LOBOS

Los últimos lobos que aparecieron en nuestra población, lo hicieron a finales del siglo XIX. A partir de esta fecha no hemos tenido noticias de que habitasen nuestra sierra, ni se ha visto señal alguna de su existencia. Cuando sí tenían su hábitat en ella un lobo fuerte y viejo, un solitario macho, bajaba de forma periódica a las calles de nuestro pueblo e incluso parece ser que alguna vez le acompañaron algunos otros lobos de la manada.

Quizás por eso al lugar al que el lobo acudía debió llamársele Callejón del Lobo, en lugar de Callejón de Los Lobos, pero lo cierto es que así empezó a llamarse a la calle que se encuentra a la espalda del antiguo matadero municipal. Un tío abuelo me contó esta leyenda que a él le contaban sus mayores cuando en las tardes frías y lluviosas del invierno se reunían junto al amoroso fuego de la chimenea, y cuyo origen partía de alguna de las muchas casas que existían en las estribaciones de Sierra Bermeja, en los montes altos del término municipal esteponero.

En una de aquellas casas blancas vivía una familia de

campesinos que contaban con varios hijos, de los que destacaba una preciosa niña rubia como el trigo en verano cuando el sol dora las espigas convirtiéndolas en oro, de ojos verdes, limpios como las aguas transparentes de un lago y con una alegría que contagiaba a la naturaleza que, a su paso, parecía ser eco de aquellas risas que se escuchaban en la montaña.

Un mañana, la chica se alejó más de lo acostumbrado y cuando quiso regresar no supo encontrar el camino quedando perdida en medio de un bosque de encinas y desorientada se alejaba cada vez más de su casa. Durante varios días anduvo perdida hasta que, extenuada, cayó agotada en una oquedad del terreno. Sus familiares y amigos la buscaron inútilmente. Cuando la chica despertó se encontró rodeada de una camada de lobeznos que la lamían amigablemente y junto a ellos advirtió que se encontraba la madre loba. Esto no la atemorizó porque instantáneamente comprendió que se encontraba protegida y amparada como uno más de aquellos cachorros. Así que como tenía hambre mamó de unos de aquellos maternales pezones que la hembra loba le ofrecía adoptándola en aquella familia de animales. Con ellos creció y con ellos pasó varios años de su vida, durante los cuales aprendió sus costumbres, sus gestos, tanto que incluso llegó a entenderlos. Cuando la niña cumplió nueve años llegó con la manada que entonces era dirigida por un joven y fuerte lobo junto a un lugar que a la pequeña le resultó familiar y del que tenía un borroso pero agradable recuerdo, ya que como en una ensoñación lejana creía recordar haber jugado allí en otros tiempos. Desde allí intentó ahondar en su memoria, inició una marcha por un sendero que había andando otras veces y en una situación casi irreal para sus padres se encontró en la puerta de su casa. Aquellos desconsolados campesinos habían perdido ya toda esperanza de encontrar con vida a su hija, así que al verla y reconocerla, la abrazaron con lágrimas de alegría mientras daban gracias al Cielo por su hallazgo.

Aunque el lobo que acompañaba a la niña no comprendía lo que estaba sucediendo, intuía que era algo bueno para ella ya que su instinto no le hacía desconfiar de aquellas gentes.

Cuando pasó un tiempo, la niña, que estaba habituada a la vida en la montaña, se acostumbró a la nueva forma de comportamiento al lado de sus familiares, pero con ella se quedó viviendo en la casa aquel fuerte lobo de quien no quería separarse y que se convirtió en un dócil y pacífico animal, y con alguna frecuencia, el resto de la manada también se acercaba hasta la casa de su joven amiga para demostrarle su afecto.

Pasados los años, la niña se convirtió en una hermosa mujer y como era normal en una joven de su edad, conoció a un muchacho en cuya compañía se sentía feliz y juntos se juraron amor eterno, por lo que decidieron casarse y trasladarse a vivir a la cercana población llevándose con ellos al lobo amigo. Pero vio con pena que el lobo se entristecía ante la nueva situación, que su nueva forma de vida dañaba al viejo amigo y tuvo que pedirle que volviera a la montaña, que retornase a aquella sierra que era su medio y allí reencontrándose con los suyos correría por las laderas y sería feliz de nuevo.

Cada cierto tiempo, el lobo bajaba a la población a visitar a su amiga y disfrutar de su compañía durante unos días. En una de estas visitas se encontró con la agradable sorpresa de ver a su amiga con un pequeñín entre sus brazos y el lobo se unió a la alegría de la pareja. Al llegar la noche siguiente, el lobo volvió a bajar hasta aquella casa, pero en esta ocasión lo hacía acompañado de varios lobeznos jóvenes y de una gran loba, madre de aquellos preciosos cachorrillos.

Quienes presenciaron aquel espectáculo se quedaron atónitos. La joven se abrazó a aquellos animalitos y los besó con lágrimas de felicidad como si fueran algo suyo, algo muy entrañable y querido, algo tierno y especial porque así eran sus sentimientos, ya que aquellos eran los hijos de su mejor amigo. El lobo contemplaba orgulloso aquella escena con una mirada casi humana. Después de unas horas felices se despidieron marchando camino de la montaña. Durante varios años se repitió esta imagen, pero el lobo iba envejeciendo y cuando le faltó su compañera y quedó solo, sintiendo la muerte muy cercana, bajó en busca del calor amigo y vivió en la población los últimos días de su vida. Allí se quedaba extasiado viendo jugar a los traviesos hijos de su amiga que correteaban por el patio de aquella casa de campo.

Quizás entonces llegaban a su cerebro escenas vividas en otros momentos, recordando con nostalgia su vida en la manada. La joven cuidaba con gran cariño a aquel animal y un triste día el viejo lobo murió en sus brazos, entregando con su mirada agradecida el regalo de su fidelidad. El noble animal fue enterrado en el patio de aquella casa situada en el Callejón de los Lobos, bajo la sombra de un limonero que existía en el mencionado patio y que un rayo calcinó en el año 1901.

Yo viví cerca de este callejón y en él jugué muchas horas con mis amigos. Después de conocer esta historia, sentí deseos de encontrar a aquel fuerte y vigoroso animal y hoy me doy cuenta de que al contarles esta leyenda lo he conseguido. Lo he visto entrando ágil por el huerto de La Latera y atravesando el arroyo por, los “granillos de ciño Juan”. Y he podido acariciar su cabeza y decirle ¡Bienvenido a tu calle, amigo!. Sigues viviendo en el relato que acompaña a los niños a la hora de dormir, y aunque hoy tu calle se llama

Extremadura, los que nos hicimos jóvenes en este lugar seguiremos llamándole “Callejón de los Lobos”.

* * *

La Loma del Terrible



LA LOMA DEL TERRIBLE

Una mañana del mes de Julio, con un grupo de amigos, nos dirigíamos a localizar una mina de kimberlita. Dejamos el coche en el Nicio y bajamos por la ladera de Poniente de este cerro.

Atravesamos el río Padrón y al dirigimos al arroyo del Bosquecillo, donde teníamos referencia de la situación de dicha mina, hicimos un alto en el camino y pedimos agua a un agricultor que sentado se encontraba en su “Rancho”.

Mientras descansábamos empezó a contarnos historia tras historia, casi todas desconocidas por todos nosotros. Según él, tenía localizados cientos de “tesoros” y “nidos”, como él decía, en diferentes lugares de aquella sierra.

En honor a la verdad, tengo que decir que pienso, y así todos mis amigos, que aquel buen señor tenía mal sus facultades mentales.

De entre sus “historias” hubo una que se me quedó grabada: fue la leyenda de la loma del Terrible.

La loma del Terrible se encuentra situada en la vertiente del río Castor, entre este río y las Abejeras. Nos contó nuestro buen hombre, que en un lugar de esta loma vivió un fornido hombre de proporciones gigantescas, que generación tras generación tuvo aterrorizado a cuantos pasaban por aquellos alrededores. Era uno de los últimos moriscos que habitaron Sierra Bermeja al que se le encomendó la misión de guardar y vigilar permanentemente el tesoro de los moriscos que fueron expulsados por los Reyes Católicos.

El contenido del tesoro estaba formado por joyas, dinero, manuscritos y las leyes por las que se regían.

Para tal menester a esta mastodóntica persona se le había hecho beber “unas yerbas” hecha por viejas brujas. Con esto el sueño no podría vencerlo nunca, además de darle inmortalidad. Los efectos de estas “yerbas” durarían mientras el gigantesco hombre permaneciera indiferente y alejado de los demás.

La misión de este sería la de vigilar aquel tesoro hasta que volviesen los moriscos expulsados. Para ello tenía que impedir que cualquier persona se acercase a aquel lugar guardado por él.

Muy pronto entre los que tenían que atravesar aquella loma cundió el pánico al saberse que era vigilada por un extraño que a costa de todo les impediría el paso.

Fueron pasando los días, los meses, los años... y allí permanecía siempre vigilando su tesoro, el “Terrible” que así fue como se le empezó a llamar a él, y al lugar que guardaba “loma del Terrible” que es como aún hoy se conoce a esa loma.

Pasaron los tiempos y un mal año llegó a Estepona una epidemia maligna que contagió a gran parte de los vecinos. Debido a esta epidemia los campos no se cultivaron por lo que las cosechas fueron nulas y el hambre y la miseria hicieron presa en las gentes.

Ante esta situación el gigante no pudo permanecer indiferente; cargó sobre sus fuertes espaldas parte del tesoro y se dirigió a la población entregándole a los vecinos dinero y joyas para que pudiesen comprar alimentos y así remediar parte de sus males.

Desde aquel momento el Terrible perdió sus "poderes" y el pueblo empezó a quererlo. Continuó el Terrible guardando su tesoro, pero un tesoro que a pocos interesa: manuscritos y libros.

Nos continuó contando el viejo agricultor que el Terrible se fue haciendo viejo y un día desapareció sin que nadie llegase a saber nada más de él ni de su tesoro. Siguió contándonos nuestro hombre, que todavía en las noches claras de luna, se ve al Terrible paseando en actitud vigilante por la loma que lleva su nombre.

Al menos si no es él, es una sombra de grandes proporciones que se le parece.

* * *

El Tesoro de los Marineros



EL TESORO DE LOS MARINEROS

Las personas mayores que habitaban la parte alta del río Castor contaban una leyenda que reúne varios de los principales ingredientes que hacen que una narración de este tipo sobreviva al tiempo: Las ansias de dinero del hombre, el misterio y la fantasía que todo ser humano lleva dentro.

Cuenta la leyenda, que allá por los años en que la piratería assolaba nuestro litoral, un barco pirata abordó muy cerca de estas costas a un navío español procedente de América y que transportaba un cargamento de joyas y piedras preciosas además de otras riquezas. Este barco pirata no consiguió su objetivo ya que los marineros españoles fueron capaces de vencer en el combate.

Después de este suceso, en las mentes de aquellos hombres surgió la idea de que realmente aquel abordaje podía haber tenido éxito. Pero la avaricia les hizo pensar que podían simular el hundimiento del barco con el tesoro para adueñarse de él; así que acercaron el barco a la orilla para desembarcar las riquezas y llevarlas tierra adentro. Llegaron

junto a la desembocadura del río Castor y andando, subieron aguas arriba, transportando las vasijas que contenían el tesoro. Después de varias horas de marcha llegaron a la altura del castillo del Nicio que les pareció el lugar idóneo para esconderlo y al final se decidieron por un punto cercano al cerro donde se encuentra enclavado el castillo, después de lo cual regresaron al barco que se encontraba anclado en la orilla del mar con la intención de hundirlo y simular el abordaje. Su sorpresa fue que un galeón con la misma bandera se hallaba junto a él. Éste había acudido pensando que se encontraban en apuros y cuando vieron que estaba vacío comprendieron sus planes, así que los estaban esperando para cobrar sus vidas por el precio de la traición. Sólo uno consiguió escapar con vida escondiéndose en aquellos parajes.

Se cuenta que al llegar las doce de esa noche y en el lugar donde se encontraba el marinero se le aparecieron los espíritus de sus compañeros que le daban poderes para que guardase el tesoro e impidiese que nadie lo encontrase, para lo cual le transmitieron el don de la invisibilidad que ellos tenían ahora, así como el de poder transformarse en diferentes seres.

Tanto el tesoro como el marinero fueron buscados por los alrededores durante varios días siendo imposible localizarlos. Desde entonces muchas personas lo han intentado pero nadie lo consiguió

La noticia de la existencia de este tesoro traspasó las fronteras del término esteponero al haber desenterrado la lluvia una ínfima parte de aquellas riquezas, pero que fueron llevadas río abajo y por tanto no supuso ninguna señal para su localización. Muchas personas acudían y algunas lograron en el cauce del río encontrar algún objeto valioso. Otras, por el contrario, tenían que huir despavoridas al en-

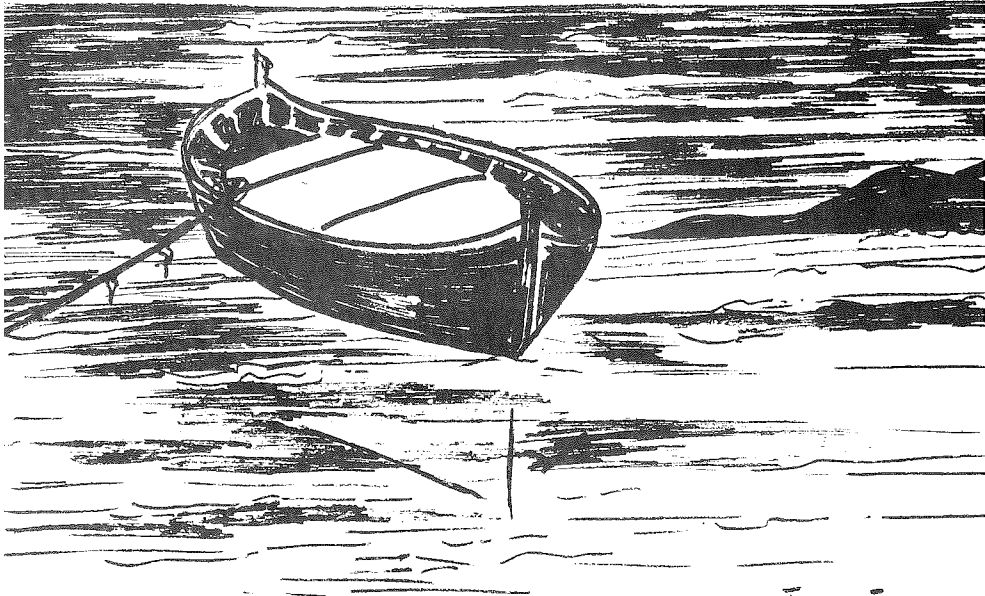
contrarse con monstruos horripilantes, o con cabezas de toro o de carnero que, sin cuerpo, acometían contra ellos. Otras veces eran reptiles horribles cuyos cuerpos estaban cubiertos de espinas o una gigantesca serpiente o gatos gigantes que ladraban. Un sinfín de seres capaces de hacer temblar hasta a los mismos dioses.

No sabemos por cuánto tiempo el tesoro de los marinos permanecerá oculto, pero parece ser que será para aquella persona que consiga durante siete días de cuarto menguante, poder soportar de forma seguida las apariciones del marino que guarda celoso aquel tesoro y que se esfuerza en impedir su hallazgo.

Conocemos perfectamente los lugares descritos y no nos extraña que quienes lo habitaron dedicaron parte de su tiempo a las narraciones que han llegado hasta nosotros, porque, afortunadamente, disponían de tiempo para dedicárselo a los más jóvenes conversando alrededor del fuego, ya que ellos desconocían la palabra prisa.

* * *

El Lance del Moro



Juan

EL LANCE DEL MORO

Hacia levante de la Punta de la Plata y tan solo a unos doscientos metros de ella, hay un paraje al que mucha gente conoce con el nombre de "El lance del moro", especialmente los marineros, porque fue y sigue siendo un buen sitio de pesca. Precisamente un viejo hombre de mar me contó esta leyenda en la que se relatan unos hechos ocurridos después de la última orden de expulsión de los moriscos de Andalucía, ya que aunque oficialmente se expulsó a todos de estas tierras, la realidad es que muchos se quedaron, bien falseando su verdadera identidad o bien convertidos al cristianismo aunque fuese de forma falsa.

Estepona tampoco se excluye de esta circunstancia y esta historia se refiere a un morisco converso cuyo nombre era Cristóbal. Este tenía un campo situado en la actual Huerta del Ángel que día y noche es acariciada por las aguas saladas del mar. Cristóbal compaginaba los trabajos duros del campo con los no menos duros de la pesca y lo hacía con tanto ahínco que las mejores frutas y hortalizas que se cosechaban en la zona eran las de sus tierras. Como se encontraba cerca del mar se dedicaba varias horas diarias a la

pesca, unas veces con caña, otras al palangre que extendía por la mañana y recogía al principio de la tarde; otras veces pescaba con red e incluso había días que echaba dos lances.

De una forma u otra, obtenía una pesca sustanciosa que vendía al final de la tarde en el pueblo, como hacía con los productos del campo. Tanto su vida como la de su familia era dura porque el trabajo era mucho, pero agradable porque además de gustarle encontraba una compensación económica a su esfuerzo, tanto que sus ingresos alcanzaron unos niveles excelentes. Además contaba con la admiración de sus vecinos.

Pasó el tiempo y, repentinamente, como por una extraña llamada interior, se vio impulsado a ayudar a aquellos hermanos suyos expulsados de aquí y que vivían en el norte de África, sintiéndose culpable de vivir bien y cómodamente en una sociedad que había sido tan dura con los suyos. Por eso no dudó en cooperar con ellos cuando se pusieron en contacto con él y a pesar de que su posición social no necesitaba complicaciones se entrevistó con varios emisarios moriscos que aprovechando la oscuridad de la noche se acercaban desde el norte de África hasta nuestras playas o lo llamaban para entrevistarse en alguna embarcación a distancia de la orilla.

Aún no había transcurrido mucho tiempo cuando los convecinos de Cristóbal empezaron a detectar movimientos extraños en la actitud que adoptaba y en los movimientos de su barca, tanto que la gente empezó a vigilar sus salidas.

Una tarde en que se encontraba pescando, unos guardias entraron en su vivienda registrando todos sus rincones. Así descubrieron grandes cantidades de monedas de oro que había recibido de sus compañeros con el fin de preparar contactos y comprar “silencios” encaminados al logro de su

retorno. Cuando terminó la pesca y regresó fue detenido y acusado de ayudar a los moros norteafricanos, siendo encarcelado y puesto a disposición del Tribunal de la Santa Hermandad.

Cristóbal no dejaba de pensar en cómo salir de aquel atolladero en el que estaba metido ya que era consciente de su situación y sabía que si se demostraban sus actividades sería acusado de traidor y este delito se castigaba con la muerte.

Dos días después se encontraba ante el Tribunal inquisidor y ante los jueces tuvo que responder de la presencia del dinero en su casa y explicar su procedencia. Durante unos segundos titubeó sin encontrar una respuesta convincente. Pensó contar la verdad de sus acciones y el por qué de las mismas por no encontrar ninguna justificación que pudiera salvarle, pero en el último instante acudió a su mente una mentira increíble: Contó que ese dinero procedía del mar ya que había veces que al sacar su copo de las aguas en que se encontraba faenando, junto a los peces salía un buen número de monedas.

Esta historia un tanto inverosímil no satisfizo nada a aquellos hombres que lo estaban juzgando, por lo que Cristóbal se dio cuenta de que debía ganar tiempo y agudizar su ingenio. Con seguridad y aplomo les pidió una oportunidad para dejarle demostrar su afirmación, a lo que los jueces asintieron interrogantes, por lo que hacia mediodía marcharon a la Huerta del Ángel y desde allí bajaron a la playa acompañados por todos los componentes del Tribunal. Quedaron en la orilla observando los movimientos de Cristóbal mientras preparaba su barca y tomando sus remos se fue alejando lentamente del rebalaje hacia el mar adentro hasta que llegó a una distancia suficiente para echar un lance. Las redes fueron echadas amorosamente al mar. Esperó un rato hasta

que las redes se llenasen de peces y tras ello regresó a la orilla arrastrando el copo hacia la playa, pero antes de llegar a la orilla miró hacia la Meca y rogó a Alá que le ayudase.

Cuando la barca llegó a la playa la expectación era enorme. Las gentes, con una curiosidad morbosa, le rodearon. En el fondo la mayoría de ellos deseaba que todo fuese mentira para ver a un hombre derrotado. En cambio, Cristóbal aparecía tranquilo, con una serenidad extraordinaria.

El Tribunal esperó impaciente a que el copo llegase a tierra y cuando se abrió todos se agolparon a su alrededor. Ante sus ojos aparecieron varias bolsas y un gran objeto reluciente, un enorme objeto de oro. Todos los presentes estaban atónitos, no podían salir de su asombro, abrieron las bolsas y éstas se encontraban repletas de monedas de oro y plata. Como impulsados por un resorte especial, la reacción de todos fue similar, se acercaron y le pidieron perdón por haber dudado de él, y la palabra milagro flotó en el ambiente. Los inquisidores absolvieron al morisco ya que el lance de aquel hombre había dictado su inocencia.

Todos regresaron a la población y Cristóbal volvió con los suyos que habían llorado desconsoladamente pensando en lo peor. Cuando todos se hubieron marchado comenzó a reír con todas sus fuerzas al tiempo que daba gracias a Alá. Entonces explicó a su familia lo ocurrido desde que abandonó su casa. Aquella tarde había salido a pescar como de costumbre, pero se entrevistó con los moriscos norteafricanos en alta mar y en el transcurso de aquella entrevista le entregaron unas cuantas bolsas de dinero. Al regresar a tierra varó la barca pero no bajó las bolsas porque quería comprobar que nadie había visitado su casa ya que tenía una especie de presentimiento de que alguien le seguía. Sin embargo no pudo volver a por ellas porque fue hecho prisionero y las bolsas permanecieron entre las redes.

El resto de los acontecimientos ya los conocemos. Cuando inició el lance ante las miradas de todos, introdujo con mucho cuidado las bolsas en las redes que iba echando al agua al tiempo que rezaba a Alá para que las corrientes marinas no sacasen éstas de las redes. Lo que Cristóbal nunca se explicó fue la recogida de aquel objeto de oro por sus redes ya que el mismo no iba en las bolsas de monedas que le habían dado los moriscos. Quizás su dios no permitió que fuese a perder la vida uno de sus hijos y la había colocado allí como una señal.

Desde aquel día a este lugar se le empezó a denominar el Lance del Moro y aunque no sabemos qué hizo Cristóbal después de aquello, pensamos que debió seguir luchando por los suyos porque quien lleva en su alma la semilla de la justicia es incapaz de impedir que ésta germine.

Me gustaría tener la certeza de que esta semilla se extiende por nuestros campos como lo hizo en el ser de aquel morisco, que por ayudar a los suyos fue capaz de poner su vida en peligro.

* * *

La Garganta del Infierno



Juan C

LA GARGANTA DEL INFIERNO

Existe en Sierra Bermeja, en la vertiente sur de Los Reales, entre la "Cruzá" de los Caminos y la cañada de Abrón, una cañada con una pendiente enorme que se conoce con el nombre de Garganta del Infierno. Esta denominación me produjo siempre una sensación de misterio y el tema me interesó, así que quise saber el origen de ella. Cuando interrogaba a los campesinos notaba cómo contestaban con temor, a la vez que divagaban y me ofrecían versiones diferentes. Pero de todas ellas voy a narrar la que más me sorprendió por la fuerza que mi amigo Juan imprimía a su relato. Este hombre era oriundo de un pueblito de la serranía rondeña y se dedicaba a guardar cabras.

Cuenta la leyenda que una noche de fuerte lluvia y viento huracanado, un grupo de contrabandistas se dirigían desde Gibraltar hacia Málaga buscando el camino denominado "de Málaga", entre Peñas Blancas y el refugio de Los Reales. Hacían esta travesía tan alta con el fin de evitar el encuentro con las fuerzas de orden y así poder realizar el contrabando. Al atravesar la garganta del Infierno perdieron el equilibrio debido a la gran cantidad de agua que bajaba

por aquella cañada. El desconcierto y el miedo hicieron presa en aquellos hombres que desesperadamente trataban de asirse a las rocas de la orilla para así salvar sus vidas. Como pudieron, y a pesar de la oscuridad de la noche lograron reagruparse y como sabían que cerca de donde ellos se encontraban existía una oquedad, pensaron que ese era el lugar más seguro para pasar la noche y hacia allí se dirigieron. La tormenta se hacía más fuerte y en aquella pequeña cueva se acomodaron para esperar que amainara y al amanecer el nuevo día se despejaran las nubes. Tenían los cuerpos magullados a causa de los múltiples golpes recibidos contra las duras rocas de la ladera. Sentían el frío penetrando lacerante en sus cuerpos y aquellas ropas cortando su piel como cuchillas, pero poco podían hacer para remediar esta situación dentro de una temperatura invernal y a una altitud de mil cuatrocientos metros; aquellos hombres tiritaban mientras sus rostros desencajados reflejaban su dolor. Fue entonces cuando el miedo les embargó, porque ¿acaso no aterroriza morir en tan penosas circunstancias?. ¿No era la muerte la que estaba acechando tras aquellas rocas, disfrutando de su poder, de su conquista?, ¿No era difícilísimo sobrevivir, malherido, mal alimentado y agotado por el cansancio y el frío?. Solamente la llegada del día y la salida del Sol podrían aliviar un poco aquella dura temperatura, así que su esperanza se centraba en superar aquellas horas nocturnas y que sus fuerzas les permitiesen salir de aquella garganta.

Con estos pensamientos se encontraban cuando vieron una pequeña luz al fondo de la cueva, lo suficientemente intensa para que fuese percibida por ellos. Todos quedaron sorprendidos al tomar conciencia de la profundidad de la oquedad en que se encontraban y a la vez, varias preguntas les mortificaban porque no encontraban una respuesta lógica. ¿De dónde procedía la luz? ¿Qué o quiénes la producían?. Decidieron dirigirse hacia ella y descubrir el enigma aunque a causa de la oscuridad y de su cansancio tenían que hacerlo

muy despacio. Cada segundo se les hacía eterno y cada metro recorrido suponía el esfuerzo de kilómetros, pero por fin llegaron al lugar de donde salía el punto luminoso. Era un pequeñísimo agujero abierto en el suelo de aquella gruta que no tenía una explicación lógica dado que su tamaño iba haciéndose mayor, alcanzando una circunferencia capaz de permitir la salida de tres extraños personajes, tres seres de aspecto agradable que de forma respetuosa y educada les saludaron como si el encontrarse en aquella gruta fuese una cosa normal y cotidiana. Aquellos contrabandistas no salían de su asombro, sin embargo lo que estaba ocurriendo era cierto. Comenzaron a hablar con los aparecidos y en la conversación les refirieron todos los detalles de la odisea que habían pasado y las dramáticas circunstancias que les rodearon. Una vez escuchada la narración, fueron invitados a acompañarles por lo que su desconcierto aumentó y en su interior muchas preguntas seguían martilleando sus cerebros: ¿A qué lugar eran invitados?, ¿A dónde debían acompañarlos?, ¿Quiénes serían aquellos tres seres y qué querían de ellos?, ¿Sería todo una pesadilla, un sueño?. Pero no, no estaban soñando, aquellas personas eran reales y estaban allí a su lado invitándoles a bajar a un lugar desconocido.

Iniciaron el descenso y cuando hubieron recorrido unos cincuenta metros de una nueva pendiente, llegaron a una sala muy iluminada de la que desconocían el origen de aquella claridad. Allí la temperatura era agradable y aquellos hombres se sintieron salvados, sus caras se iban llenando de alegría y aunque no comprendían nada de lo que ocurría, el hecho de perder el frío que atenazaba sus cuerpos, era una suerte.

Uno de los contrabandistas se separó unos metros del grupo y observando por una grieta cercana vio en las profundidades el extraño movimiento de mucha gente desnuda o semidesnuda en cuyas caras parecía reflejarse un sufrimiento.

miento infinito y creyó intuir que lanzaban fuertes alaridos a pesar de que desde aquella altura no podía escuchar con nitidez. Se asustó tanto que por décimas de segundo pensó que bajaba al infierno y que aquellos seres extraños no podían ser otra cosa que demonios salidos del mismo. Volvió a reunirse con el grupo y con gesto descompuesto por el pánico preguntó que a qué lugar se dirigían realmente. Su pregunta desagradó al que parecía ser el jefe que se volvió violentamente indicándole su imperitencia y osadía al preguntarlo. Tanto, que podían volverse si no se encontraban a gusto. Todos se miraron en silencio sin saber qué hacer, pero aunque su compañero les contó lo que había visto decidieron seguir aunque fuese sin su compañía. Él no iba a continuar y una vez que su decisión de abandonar el grupo estaba tomada, con la rapidez que le permitieron sus piernas se dirigió hacia la entrada de aquella maldita cueva.

Llegó agotado, y cual no sería su sorpresa cuando se encontró allí a los compañeros que había dejado abajo y que parecía dormían tranquilos. Intentó despertarlos, pero fue imposible, estaban muertos. Atónito recorrió con su mirada aquellas paredes y observó que en uno de los rincones yacía su propio cuerpo sin vida, inerte. ¡Él no tenía materia, era sólo un espíritu!. Sin pensarlo dos veces se acercó a su cuerpo y se metió en él. Fueron unos momentos terribles, angustiosos; sintió nuevamente el frío atroz flagelando sus carnes y la sangre helada en sus venas. Sintió sus ropas mojadas cortándole como cuchillas afiladas, pero en su lucha, su instinto de conservación le hacía intentar salvarse y sabía que sólo lo conseguiría si actuaba con rapidez.

Abandonó la oquedad disponiéndose a alcanzar el otro margen de aquella cañada infernal. No le importó la cantidad de agua ni la fuerza con que iba a ser arrastrado y se lanzó a la corriente siendo golpeado duramente contra las

rocas, pero al final y tras grandes esfuerzos logró salir de allí.

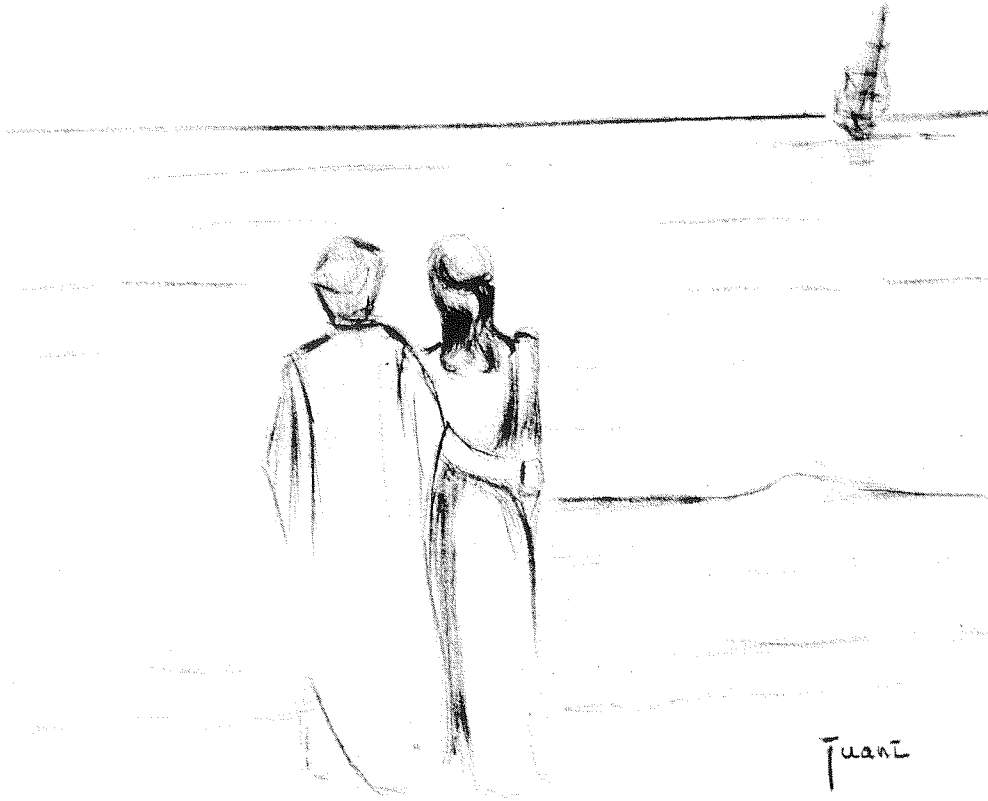
Obsesionado con la idea de alejarse cuanto pudiera, corrió y corrió durante horas hasta que cayó extenuado al suelo, de donde fue recogido por unos arrieros que lo trasladaron a su casa y lo curaron de sus heridas, además de proporcionarle ropa de abrigo, comida y un lecho en que pasar la noche ya que deliraba en medio de una fuerte pesadilla. Cuando despertó a la mañana siguiente, contó a aquellas gentes su experiencia. Ellos le escuchaban incrédulos, pero a pesar de todo se dirigieron al lugar indicado por éste y allí encontraron seis cuerpos sin vida, con los ojos desencajados que delataban el terror sufrido. Ante tan macabro espectáculo huyeron despavoridos alejándose de aquel siniestro lugar. Desde aquel día a este paraje empezó a denominarsele “Garganta del Infierno”.

He oído otras muchas versiones de este mismo hecho, una de las cuales dice que el hombre se salvó pero su mente se quedó dañada y confusa. Lo cierto es que entre los antiguos arrieros, contrabandistas, ganaderos y labriegos que habitualmente atravesaban esta garganta, estaba muy arraigado el temor a la hora de pasar por ella. También nos cuenta la leyenda, que en Sierra Bermeja, en el lugar conocido como Garganta del Infierno se encuentra una oquedad o pequeña cueva que comunida la tierra con el mismo infierno y donde unos hombres encontraron la muerte.

Sólo me hago una pregunta ¿Qué ocurre en sus profundidades?

* * *

El Tesoro Perdido



Juan

EL TESORO PERDIDO

En las noches de invierno existía en Estepona la costumbre de reunirse las familias y los vecinos en torno a una pila de mazorcas que eran desgranadas por los mayores mientras los pequeños jugábamos haciendo castillos con los mazorcas. A nuestra casa siempre iba “ciña” María Tineo, que así era como todo el pueblo la llamaba y que tendría en aquellos momentos unos setenta y cinco u ochenta años. Ella era el centro de atención del grupo porque cuando hablaba se hacía un silencio sepulcral y hasta los niños dejábamos nuestros juegos y nos disponíamos a escucharla. La verdad es que contaba las cosas como nadie.

Un noche nos contó una bonita leyenda que quizás ella también escuchase en una ocasión similar siendo niña.

Antes de que llegasen a Estepona los “moros”, nuestro pueblo vivía feliz dedicado al cultivo del campo y a las faenas del mar. Con los productos que obtenían se abastecían suficientemente y llevaban una vida dulce y apacible. Pero la felicidad no dura siempre y tras varios años de malos tiempos, la desgracia se cebó con esta población y el hambre hizo presencia entre sus habitantes. Fue entonces cuando

llegaron aquí un grupo de jóvenes extranjeros procedentes de lejanas tierras que habían logrado escapar de la muerte que sus enemigos iban a infringirles y que después de muchos avatares se refugiaron en una cueva de Sierra Bermeja donde vivieron durante varios meses, alimentándose de frutos, raíces y flores que se criaban en la montaña. Desde la cueva veían el mar a sus pies y las casas de la población parecían tan cercanas como aquellas flores de jara que crecían en los matorrales.

Una noche en la que los muchachos charlaban mientras intentaban descifrar los enigmas del cielo cuyas estrellas brillaban centelleantes, decidieron que uno de ellos bajaría a la población con el fin de enterarse de lo que ocurría en su país. Así se hizo, y a la mañana siguiente, al alba, cuando aún los animales del bosque dormían, cuando todavía no se habían extinguido los guiños de las estrellas, un joven de unos veinte años bajaba desde Sierra Bermeja entre el olor del tomillo, del romero y de la mejorana, que se unían a la sonrisa que la brisa de la mañana proporcionaba a su curtido rostro. El joven llegó hasta la plaza de la villa. En ella observó la cara de tristeza de los habitantes que se mostraban abatidos aunque no podía adivinar la causa de aquella melancolía. Deambuló por las pocas calles de la población y en todas pudo captar lo mismo: Penas. En una de las esquinas tropezó con una bella y joven muchacha de la que quedó prendado. Tras intercambiar unas palabras con ella, le preguntó el motivo de aquella pena que embargaba a su pueblo, a lo que la joven respondió que la miseria y la mala suerte se habían cebado en los campos y que después de varias cosechas perdidas, los productos guardados en las despensas y el ganado habían sido robados por los enemigos llegados por mar y que no sólo habían saqueado sus despensas sino que arrasaron sus campos

Preguntó el joven si había noticias del territorio del que

él procedía pero ante la negativa, rogó a la chica que intentase enterarse de alguna novedad y quedaron en verse en el mismo lugar días más tarde para recoger la información. Antes de marcharse entregó a la muchacha una bolsa de monedas de oro y plata que llevaba en el bolsillo, para que pudiese comprar alimentos y remediar momentáneamente la situación de los suyos. Empezó seguidamente el regreso hacia Sierra Bermeja perseguido por la mirada expectante de la joven que no salía de su asombro ante lo acontecido y aunque no conocía el nombre de aquel extranjero, lo que sí sabía era que sus sentimientos habían experimentado sensaciones nunca percibidas por ella.

Durante el camino de regreso, el joven no dejó de pensar en aquella dulce criatura, sin poder apartar de su mente la tristeza vista en las caras de aquellos vecinos. Cuando llegó a la cueva, contó a sus compañeros todo cuanto había ocurrido. Transcurrieron unos cuantos días hasta que llegó el momento de la nueva marcha del muchacho hacia la población para recoger la información que la joven le tendría preparada. En esta ocasión llevó dinero suficiente como para que con él se pudiese comprar alimentos para hacer desaparecer el hambre de aquellas gentes durante meses.

Cuando el muchacho se encontró con ella se enteró de que en su país se había restablecido el orden y que sus gobernantes habían sido derrocados. Al oír esto, se llenó de gozo y la alegría inundó su cara. Esta noticia la estaban esperando ansiosos desde hacía varios meses, ya que sus amigos y él eran seguidores de un príncipe que ante el temor de ser muerto por sus enemigos había huído de su país esperando una ocasión más propicia para retornar. Debía regresar a la montaña para informar a sus compañeros, pero antes de hacerlo le declaró sus sentimientos, pues aún cuando se habían conocido recientemente, su amor había crecido

con la fuerza de mil ríos embravecidos y la ternura de los pétalos de una flor y deseaba hacerla su esposa.

Al conocer la noticia el príncipe y sus amigos se abrazaron dando saltos de alegría, con el pensamiento puesto en el regreso a su amado país donde podrían reunirse con las gentes a las que querían.

Decidieron bajar al día siguiente a nuestro pueblo y desde allí les sería más fácil encontrar una buena embarcación y una tripulación competente ya que entonces los vecinos de esta villa tenían fama de ser buenos marineros. No tenían problema de dinero porque cuando llegaron unos meses antes encontraron escondidos en la parte más profunda de la cueva varios cofres repletos de monedas de oro y plata, esmeraldas y piedras preciosas. De este tesoro hicieron tres partes. Una de ellas sería entregada al pueblo, otra sería para ellos y la tercera parte quedaría allí mismo, escondida entre aquellas paredes de piedra para que se utilizase en socorrer a la población en momentos difíciles.

Así lo hicieron y a la mañana siguiente bajaron felices de Sierra Bermeja y después de saciar su sed con la rica y fresca agua del Cañuelo, llegaron a la población donde fueron recibidos por todo el vecindario que salió agradecido a su encuentro. También contenta y gozosa corrió la joven al encuentro de su amado y allí, ante los ojos de todos, quedaron fundidos en un fuerte abrazo. Después de varios días de fiestas organizadas en honor del príncipe y de sus amigos, empezaron a preparar la embarcación que los llevaría de regreso hacia su país. Entre todos pusieron a punto la nave y una mañana los habitantes despidieron emocionados a aquellos amigos. Sólo uno de ellos se quedó en tierra ya que entre la gloria y el amor escogió el último y allí, en la playa esteponera, dejando acariciar sus pies por las cálidas aguas

mediterráneas, quedaron dos cuerpos abrazados enviando un adiós al barco que se alejaba.

Quizás se preguntaran ustedes qué ocurrió con la parte del tesoro que dejaron escondido. Según la leyenda, el secreto de su escondite fue transmitiéndose de unos a otros hasta nuestros días, pero solamente una persona sabe donde se encuentra, aunque, desgraciado el día en que deba revelar su secreto, pues significaría que alguna calamidad se había cebado en nuestro pueblo.

A veces cuando pienso en esta leyenda, mi mente se llena de incógnitas y de dudas, porque esta cueva podría ser la llamada Abrón, que como muchos saben se encuentra en Sierra Bermeja, muy cerca de Los Reales. En la actualidad es mucho más pequeña que hace tan solo unos años, ya que al construirse la carretera que conduce de Peñas Blancas a Los Reales, debido a los barrenos se derrumbó gran parte de la cueva. Y en estos pensamientos viene a mi mente el muchacho romano que un día llevó ese nombre. Abrón fue el hijo del gran orador Licurgo. Este joven fue contemporáneo de Marco Craso, del que la historia nos cuenta que debió huir de Roma acompañado de un grupo de amigos y buscó refugio en una cueva de una finca propiedad de Luccio Pacieno, que se hallaba en la provincia de Málaga. Después de un tiempo volvería a Roma y sería emperador romano. ¿Podría ser casual que la descripción que Plutarco hace de la cueva coincida con la que se encuentra en nuestra sierra? Asimismo y esto pueden atestiguarlo muchos esteponeros, a la entrada de la misma existió una fuente que desapareció hace algunos años al barrenarse el lugar.

Indudablemente la historia y la fantasía se unen en puntos difíciles de determinar.

* * *

La Cabezada del Miedo



LA CABEZADA DEL MIEDO

Así se conoce a un lugar que fue paso obligado para quienes atravesaron nuestra sierra para ir de un lado a otro. Era sitio de parada obligada ya que el agua era abundante y se encontraba junto al camino de herradura que iba desde Estepona a todos los pueblos del interior de Sierra Bermeja. Situado al sur de los Almárgenes, entre la cancha de Toleo y el Paso de Laurel, cerca de la fuente Abrón que al subir a Peñas Blancas podemos encontrar.

En cierta ocasión, un arriero me contó que allí había un sitio al que todos procuraban evitar y desde luego en el que nadie pasaba la noche dado el temor que a todos producía, tanto que el frío helaba la sangre. Pregunté a cabreros y a arrieros el motivo y casi todos coincidían en el temor, pero no explicaban el porqué ya que incluso la explicación del hecho les atemorizaba.

Como siempre que quiero confirmar algo de Sierra Bermeja, recurrí a mi amigo Juan que la conoce palmo a palmo porque se ha criado en ella y él me contó lo que conocía desde joven de aquel sitio pero que nunca había experimentado ya que “por si acaso” no pasaba por allí de noche.

Los hechos que cuentan debieron acontecer sobre el siglo XVII o XVIII. En aquel lugar los arrieros que se encontraban por los alrededores solían descansar, al igual que los ganaderos o cabreros que se ocupaban del menester de trasladar el ganado. También lo frecuentaban contrabandistas o mochileros como él los llamaba.

Una noche parece que pasó por dicho sitio un ser extraño que dio las buenas noches y se acercó a una hoguera alrededor de cuyo fuego descansaban una docena de personas. Observó en silencio mientras escuchaba las conversaciones de los demás, que contaban los tratos en las ventas de ganado mantenidas en la jornada, las compras, las mujeres, etc. Allí se jugaba a las cartas y a los dados. Unos ganaron y otros perdieron dinero en cantidades fuertes y sobre todo bebieron un licor fuerte, que pudo ser ron, capaz de hacerles combatir el frío de la noche en la montaña. Al llegar las doce, el individuo les pidió que le acompañasen, proposición que dejó muy asombrados a todos que mirando desconfiados a ese hombre vestido de negro, de aspecto tétrico, se negaron a seguirle, por lo que dejó en el aire una amenaza:

– “Sentireis no haberlo hecho”.

Dichas estas palabras se acercó a la hoguera que se consumía lentamente y ante los ojos atónitos de todos, se introdujo en ella y desapareció dejando en el aire un fuerte olor. Cundió el pánico y el miedo en aquellos hombres normalmente fuertes y duros. Sin embargo, ante un hecho tan inverosímil quedaron petrificados. Se acostaron intentando que el sueño disipase tan negros presagios pero sin una explicación lógica comenzaron a pelear y a golpearse de forma brutal, tanto que varios de ellos encontraron la muerte. Los que pudieron, huyeron despavoridos, contando que el causante de aquella matanza había sido el siniestro individuo vestido de negro, cuya imagen se reflejaba en el rostro del contrincante

con el que peleaban y que después reconocieron que no podía ser otro que Satanás.

Este hecho se propagó como la pólvora entre la gente que normalmente frecuentaba aquellos parajes y empezó a conocerse por el nombre de La Cabezada del Miedo.

Nadie más osó pasar allí la noche por temor a que la historia pudiera volver a repetirse si ante ellos aparecía nuevamente aquel espíritu maligno y cruel, aquel señor de los infiernos.

* * *

La Dama Tapada



LA DAMA TAPADA

Hasta hace unos años aún vivían en nuestro pueblo personas mayores que habían conocido siendo niños a la “Dama”, como la llamaban unos o “La Tapada” como la denominaban otros.

Nosotros preferimos llamarla “La Dama Tapada”. Vivió a mediados del siglo XIX y murió siendo una anciana. Habitaba una casa de la actual calle Damas y permanecía encerrada en su casa durante trescientos sesenta y cuatro días; sólo un día, el Jueves Santo, hacía una excepción en su forma de vivir. La dama tapada salía en la procesión de este día, acompañando a la Virgen de los Dolores, vistiendo un traje negro y con la cabeza cubierta con una capucha de terciopelo que únicamente dejaba ver unos grandes ojos negros como el azabache.

Su presencia despertaba curiosidad en los vecinos que participaban en la procesión. ¿Por qué no se descubre la cabeza dejando ver su cara?. ¿Por qué se esconde tras las rejillas de su casa y no habla con nadie?. Porque sólo una amiga con la que vivía había visto su rostro y hablaba con ella,

de la que había comentado en más de una ocasión que era la bella tapada.

¿Qué misterio envolvió a esta mujer cuyo pasado intentaban descifrar todos? ¿Qué fuerza hacía que en cada reunión se hablase de ella? De su belleza se contaban cosas extraordinarias, así como el que había sido una joven que como cualquier niña de su época, correteaba jugando por las calles Santa Ana y Plaza Real, (de las Flores), con sus amigas y su primo Luis, que era algo mayor que ella, espabilado como un lince, valiente como un tigre y fuerte como un toro.

La joven de pelo negro como la endrina, se fue haciendo mujer alternando la escuela con el bordado y de sus manos salían primores, al tiempo que su belleza iba en aumento, siendo admirada y comentada, traspasando incluso los límites de la comarca esteponera. Tampoco su encanto pasó desapercibido a Luis que día tras día se iba enamorando apasionadamente de aquella chiquilla, hasta el punto de declararle su amor.

Mientras, en un lugar del norte de África, un jeque árabe solicitó a sus más íntimos colaboradores que le buscasen a la más bella joven del mundo para hacerla la reina de su harén. Varias personas salieron a diferentes direcciones para encontrar a la mujer que llenase completamente la vida del jeque. Uno de ellos entró en Europa a través de Gibraltar con la intención de ir a París donde las mujeres tenían fama de bellas. Al entrar en aquella población y en uno de sus bares escuchó la conversación que mantenían dos comensales vecinos de mesa ensalzando el encanto inimaginable de una joven a la que había visto días antes paseando por una de las calles de Estepona y lo hacía con tal énfasis que el servidor del jeque no dudó en entrar en aquella charla para entre co-

pas y copas, prometer a aquellos hombres una fuerte recompensa si regresaban a Estepona a la mañana siguiente a bordo de un barco con el fin de raptar a la joven y llevarla al palacio del jeque.

Cuando el sol no había salido, un barco abandonaba el puerto de Gibraltar poniendo proa hacia las playas esteponeras, donde desembarcaron y se dirigieron a la población en busca de una posada donde poder comer y pasar la noche. Una vez encontrado aposento salieron a pasear por las empedradas calles de la villa y estudiar un plan que les permitiese llevarse a la chica sin alarmar a nadie.

En todos los pueblos hay siempre un canalla y no fue difícil encontrarlo al sonido de las monedas, ya que por dinero era capaz de todo y utilizando sus servicios supieron que la chica no salía nunca sola y que tarde tras tarde paseaba con Luis por las afueras del pueblo, muy cerca de la playa. Ya todo era cuestión de tiempo y de esperar el momento oportuno para llevar a cabo el rapto.

Una tarde de Jueves Santo, cuando el pueblo se disponía a celebrar la procesión y la playa se encontraba desierta, los jóvenes fueron requeridos por voces que pedían socorro y que procedían de una de las muchas barcas varadas en la arena. Prestos, corrieron en auxilio de la persona que tendida en la arena gritaba. Nada más llegar a ella los jóvenes y antes de que pudieran darse cuenta de la encerrona, Luis fue golpeado brutalmente dejándolo sin sentido. Mientras, la joven era amordaza e introducida a la fuerza en el barco que de inmediato se hizo a la mar. Cuando Luis volvió en sí el barco se alejaba en el horizonte. La bella esteponera entró a formar parte del harén del jeque. Varios años estuvo allí detenida sin que el jeque fuese capaz de hacerla suya de forma libre y voluntaria.

Durante este tiempo, el joven Luis buscó y buscó a su prometida logrando averiguar donde se encontraba detenida. Su valor y su constancia no tenía límites; trabajó con tesón hasta reunir el dinero suficiente para ir a rescatar a su joven amada.

Una vez en la ciudad donde se encontraba cautiva, pagó a hombres que se prestaron a la tarea de rescatarla. Durante varios días, de una u otra forma, lograron introducirse en el palacio y permanecieron escondidos y confundidos entre el servicio. Una noche, cuando el silencio llenaba aquellas grandes salas, salieron dispuestos a todo con tal de salvar a la doncella porque el joven Luis había logrado entrar en el aposento del jeque que dormía plácidamente y al que amenazó con un puñal en el cuello, ordenándole que dejase libre a la mujer si quería continuar con vida. El jeque viendo la fuerte resolución del muchacho, mandó a los suyos que trajesen a su presencia a la reina del harén. Una vez allí, aquella joven cayó llorando ante los pies de su amo. Estaba más bonita y resplandeciente que nunca. Jamás la había visto así. Se abrazó a ella con todas las fuerzas de su alma mientras lágrimas de alegría resbalaban por sus caras, pero el presagio de que ese sería su último abrazo cruzó por su mente como un relámpago triste. Pidió a sus amigos que sacasen rápidamente a la chica y embarcasen rumbo a Estepona apresuradamente mientras él se quedaba impidiendo que el jeque intentase matarlos. Varias horas mantuvo Luis al jeque reducido pero el cansancio iba haciendo mella en la fortaleza de Luis que cuando calculó que nadie podría alcanzar la nave, cayó al suelo desplomado.

Luis no volvió nunca a Estepona. No sabemos qué le ocurrió aunque probablemente dejaría la vida en aquella romántica y sublime empresa: salvar a su amada.

Desde aquel día, la joven se hizo el firme propósito de consagrar su vida solamente al recuerdo de Luis y desde entonces ocultó su belleza a los ojos de los demás.

* * *

La Casa de los Espantos



LA CASA DE LOS ESPANTOS

Muy cerca del molino Las Corchas y a unos cincuenta metros de él, existe un viejo caserón al que los campesinos de los alrededores denominaban “la casa de los espantos”. Es una de las construcciones más antiguas del término municipal esteponero y según hemos podido leer en su fachada se construyó en el año 1635 por lo que el hecho que narraremos a continuación pudo haber sucedido hace muchos años.

Se cuenta que el molino de Las Corchas fue construido encima de otro más antiguo y que era punto de reunión de los campesinos vecinos, o de los que transitaban aquella zona o bien llevaban allí el trigo para molerlo y obtener harina. En la casa de los espantos vivía la familia propietaria del mismo, que tenía una hija de dieciseis años.

Un día en que los padres se encontraban fuera de la casa realizando las faenas del campo, pasó por allí un viejecillo de huesos cansados que estaba desfallecido por el hambre, el cansancio y la sed. El pobre viejo se acercó a la casa pidiendo a la joven un poco de agua y pan para aplacar su

miseria. La joven le rogó que entrara y se sentase a la mesa donde podía comer y beber cuanto necesitase. Al terminar de comer el anciano le rogó que expresara un deseo, con la seguridad de que se lo concedería, a lo que la joven contestó que su mayor deseo sería el de no tener que abandonar nunca aquella casa en la que tan feliz se sentía.

Cuando el viejo se marchó, la vida continuó con la felicidad habitual. Al cabo de un tiempo, la joven conoció a un buen mozo con el que se casó y del que tuvo varios hijos. Su vida fue dichosa al verse rodeada de los suyos que la adoraban, con el ambiente apacible y sereno que se respiraba en su hogar hasta que ya anciana murió dulcemente. Todo el mundo la había llamado madre Carmen y la influencia del relato de aquella escena de su juventud afectaba un poco a todos, porque lo cierto era que siempre se intuía en la casa la presencia de alguien que acogía con afecto a los que se acercaban amigablemente y horrorizaba a los que llegaban a ella con pensamientos innobles.

Así, cuando en cierta ocasión varios individuos entran con intención de robar aprovechando que sus moradores habían salido, se encontraron con que puertas y ventanas se les cerraron herméticamente y les fue imposible abrirlas a pesar de que no tenían cerrojos ni candados ni cerraduras y allí tuvieron que quedarse hasta que fueron detenidos.

En otra ocasión, unos borrachos entraron en casa voceando y molestando, cuando de repente fueron elevados hasta el techo y colgados de unos ganchos que se encontraban en el mismo.

También se cuenta que en la Guerra de la Independencia entre Francia y España, cuando los soldados franceses avanzaban hacia Estepona en una de las incursiones que

realizaron en esta población, cogieron por sorpresa a la familia dentro de la casa así como a varios campesinos que habían ido allí a moler su trigo y a los que no les dio tiempo de huir. Los franceses intentaron abrir las puertas y ventanas sin conseguirlo por lo que enfadados pensaron prender fuego a la casa para obligarlos a salir, pero tuvieron que desistir de sus propósitos ya que una repentina orden de regresar a Estepona puso fin al intento.

Pasado el tiempo esta casa fue abandonada y hoy se encuentra en total ruina. En varias ocasiones he estado en su interior y desde luego no he percibido nada extraordinario aunque, claro está, mis intenciones no eran malas pues el único deseo que tenía era el de su estudio como una de las casas más antiguas del campo esteponero. En la última visita estuve con unos amigos, uno de los cuales me dijo haber escuchado voces, aunque ninguno de los demás tuvimos esa percepción, pero dado que él desconocía la historia que acabo de narrarles, me hizo pensar que ese ser dulce y apaciblemente maternal de aquella madre Carmen, tal vez se había resistido a abandonar aquella casa que a pesar de su estado ruinoso conservaba los recuerdos amados. En ese momento contemplando el sol del ocaso que rojo y cálido parecía querer confirmar mis pensamientos, sentí una extraña alegría y el enigma de la leyenda tomó nueva fuerza en nuestras mentes.

* * *

El Tesoro de los Moriscos



EL TESORO DE LOS MORISCOS

Las leyendas sobre tesoros se suceden una y otra vez en toda España y nuestra Sierra Bermeja no iba a ser menos. Es más, yo diría que el misterio que la envolvió debido a la habitabilidad de ella por parte de los moriscos, la hizo ser más rica en tales leyendas. La que voy a narrarles aconteció en el siglo XVI.

Sabían los moriscos de Sierra Bermeja que de un momento a otro se iba a producir un enfrentamiento entre ellos y los ejércitos cristianos, pues conocían que en Granada se estaba preparando un levantamiento contra los que ellos consideraban invasores de sus tierras.

Reunidos los representantes de los diferentes poblados y alquerías de Sierra Bermeja, decidieron enviar a dos emisarios a las Alpujarras granadinas, para conocer la importancia de lo que allí se estaba preparando; también acordaron que debían volver a reunirse a la vuelta de éstos.

Marcharon los emisarios para entrevistarse con sus hermanos de raza y de regreso trajeron el sentir de los granadinos. Convocaron a todos los representantes que acudieron a

la primera reunión y de labios de los emisarios conocieron lo que estaban preparando los moriscos granadinos, que muy pronto se produciría un levantamiento de todos los musulmanes andaluces, pero era necesario saber en Granada el número de los que se unirían al levantamiento. En aquella asamblea se decidió apoyarlos incondicionalmente, aún a costa de sus propias vidas, así como reunir todos los tesoros acumulados a lo largo de los siglos y todas sus pertenencias de valor para que éstos no cayesen en manos de los cristianos en caso de un fracaso bélico. Discutieron el lugar donde este gran tesoro debería ser escondido y que fuese lo suficientemente seguro para que nadie pudiese encontrarlo, solamente ellos o sus descendientes conocerían este lugar. Al final decidieron esconderlo en una oquedad ya existente, continuada por un laberinto de pasadizos estrechos, de muchos metros de largo que terminaba en una sala de grandes dimensiones en forma de media luna. La entrada de este pasadizo fue sellada con grandes bloques de piedra que hicieron rodar de la montaña y en el punto donde el tesoro estaba escondido grabaron en otro bloque unos signos extraños que descifraban la incógnita del tesoro para futuras generaciones y que quizás no llegue nunca a descifrarse porque de no ser por causas extraordinarias será muy difícil que el hombre lo descubra, porque el levantamiento morisco fue un fracaso.

Como esta leyenda ha sido conocida por los campesinos, ganaderos y arrieros que trabajaron o vivieron en Sierra Bermeja, siempre existió una gran ambición por encontrarlo.

En el año 1920 vivieron en el paraje conocido por los Altabacales tres hermanos que se dedicaban a obtener alquitrán, quemado en hornos “patillas” de pinos. Uno de ellos, soñó que el tesoro de los moriscos se encontraba escondido en una torre o fortificación árabe que se encontraba en el

pico de los Reales. Esta torre fue construida por los árabes en una época anterior a la del Velerín y era semejante y parecida a ella.

La torre de los Reales, que así es como la hemos oído nombrar, fue destruída según nos han contado testigos presenciales en el citado año 1920 por los tres hermanos mencionados, que a golpe de barreno hicieron desaparecer parte de la historia de un pueblo que a todos nos pertenecía, buscando un tesoro y unas riquezas que no encontraron.

Hace solamente unos años, aparecieron en un lugar de los Reales unas piedras con unos signos extraños, y que pudiera ser la piedra grabada por los moriscos.

Uno de los funcionarios de I.C.O.N.A. me contó en una de mis visitas al pinsapal, que un grupo de personas de diferentes lugares de la geografía española, ninguno de ellos esteponero, estuvieron buscando esa piedra y la encontraron en un lugar cercano al refugio que I.C.O.N.A. tiene en los Reales de Sierra Bermeja.

También supimos que más de un grupo de personas ha estado buscando algo que nunca han dicho qué era.

Ojalá apareciese para que a través de sus joyas pudiésemos llegar a conocer mejor a un colectivo histórico orgulloso de su raza y amante de su Dios que vivió en nuestra tierra amándola tan intensamente como para que el eco de su nostalgia al tener que abandonarla perdure anidado en las cumbres de nuestra sierra.

* * *

La Calle del Chorro



Tuan

LA CALLE DEL CHORRO

En el casco antiguo de Estepona hay una calle perpendicular a la Plaza de Augusto Suárez de Figueroa, llamada calle del Chorro, en la que muchos de nuestros mayores conocieron la existencia de una fuente que nacía a flor de tierra y en la que el agua salía a través de un trozo de caña hueca.

Cuenta la leyenda que esta fuente nació días más tarde de que la antigua fortaleza musulmana fuese arrasada por las tropas de Enrique IV en el año 1456. Habiéndose tenido noticias en Estepona de los propósitos del monarca de atacar a esta población, sus habitantes decidieron retirarse a otros lugares más seguros ya que sus fuerzas eran menos numerosas que las del rey castellano y que al pasar el tiempo reconquistarían el lugar que los viese nacer y que abandonaban con lágrimas en los ojos.

Únicamente tres jóvenes se quedaron cerca de la población con el fin de vigilar el movimiento de los soldados invasores y así poder luchar contra ellos llevando ataques por sorpresa que fuesen minando sus fuerzas, así que cuando los soldados cristianos entraron en este pueblo, los tres musulmanes se escondieron en una loma cercana que era un pun-

to de observación excepcional. Desde allí pudieron ver cómo sus casas y enseres eran arrasados y quemados, con la sensación de impotencia que les inundaba el corazón lleno de tristeza e indignación, a la vez que reafirmaba su decisión de luchar hasta la muerte por la antigua Alex-thebuna. Desde ese momento empezaron a preparar un plan capaz de hacer el mayor daño posible al enemigo, emprendiendo los ataques por sorpresa, burlando a los guardianes de la población y dejando en sus incursiones una estela de muerte. Tanto, que los jefes cristianos decidieron terminar de forma rápida con aquella situación reforzando la defensa con mayor número de soldados que vigilasen la entrada de la villa desde zonas estratégicas.

Días más tarde los jóvenes decidieron sabotear el aljibe del agua que abastecía a los nuevos habitantes y que se encontraba en la torre Noroeste de la fortaleza, (exactamente en el lugar donde actualmente se encuentra el Ayuntamiento de Estepona y donde aún hoy puede verse una trampilla en una de las oficinas de la planta baja que da a este aljibe).

Una vez que los tres jóvenes llegaron al mismo, uno de ellos quitó un tapón que dejaba libre el conducto de desagüe que se encontraba al final de la calle del Chorro y al que entraba el agua procedente de la lluvia que llegaba por diferentes conducciones. El agua era vital para la subsistencia y al vaciarlo iban a hacer más difícil la vida de los soldados cristianos.

Nosotros no sabemos qué ocurrió aquella noche ni el resultado de aquella ofensiva. Pudieron sucederles tantas cosas que invitamos a nuestros lectores a que pongan con su imaginación el final de esta historia. Lo que sí es cierto es que el desagüe del aljibe nunca más se cerró y por ello el agua salía formando una pequeña fuente que en la actualidad ha desaparecido porque el asfalto impide su visión.

Queda aquí el relato como recuerdo de aquella generación de personas que nacieron en nuestro pueblo y que por amarlo tanto lucharon hasta la muerte.

* * *

El Peral de Camalecho



EL PERAL DE CAMALECHO

En varias ocasiones he oído contar la leyenda de peral del tío Camalecho, en la que converge lo cómico y lo trágico.

Alrededor del año 1800 sucedió en Estepona un hecho curioso que indignó a algunos de sus habitantes y causó estupor a otros. Vivía en la población un señor de unos sesenta años que tenía un campo en las márgenes del río La Cala y al que se le apodaba como el tío Camalecho. En sus tierras había un peral cuyos frutos causaban admiración por la calidad y cantidad. El tío Camalecho, por temor a que algún desaprensivo entrase a robar sus peras, año tras año, cuando éstas estaban a punto de recogerse, trasladaba su cama bajo las frondosas ramas del árbol y allí dormía vigilante. Esta costumbre era conocida por muchas personas del pueblo.

Un día tres amigos que se encontraban tomando unas copas en el bar La Sociedad Marítima, (actualmente el bar más antiguo de la población) decidieron gastarle una broma y reirse un rato, para lo cual se dirigieron al lugar donde el tío Camalecho dormía y esperaron escondidos hasta que dieron las doce. Cada uno de ellos se dirigió entonces a un

punto distinto, situándose uno en el primer molino, otro en la loma de Los Pérez en Cañamoño y el tercero en una de las huertas altas del Callejón de los Matagentes. Se cubrieron con una sábana blanca y encendieron unos candiles.

Tres grandes aullidos fueron más que suficientes para que el tío Camalecho despertara y observase como en tres puntos altos que dominaban su suerte de tierra habían aparecido tres pequeñas luces. Tres nuevos aullidos tronaron en la oscura noche y sus músculos empezaban a ponerse en tensión. “¿Quiénes serían? ¿Qué extraños seres aparecían ante él haciendo que su alma se rompiese en mil pedazos?...

Esta y mil preguntas similares debieron pasar por la mente del campesino. La respuesta la tuvo de inmediato. Desde la loma de Los Pérez se escuchó:

– *¿Dónde va tu alma en pena...?*

Esta frase se lanzó al aire entre los movimientos del candil. Segundos más tarde otra voz respondía: desde el primer molino:

– *“Por este camino estrecho,
al peral de Camalecho”.*

La sangre se le heló en las venas al asustado campesino, y antes de que hubiese podido reaccionar de su estupor otro nuevo aullido se escuchó desde el callejón de Los Matagentes y tras éste,

– *“Que entre verdes y maduras
no le quedará ninguna”.*

¿Qué hacer ante dicha situación?... ¿Correr? ...¿Hacia dónde?... Se sentía acorralado por aquellos tres seres que

paso a paso iban cercándole estrechamente consiguiendo que su miedo aumentase paralizándolo su cuerpo, mientras en sus oídos martilleaban de nuevo aquellas terribles voces:

- *“¿Dónde va tu alma en pena?”*
- *“Por este camino estrecho,
al peral de Camalecho”.*
- *“Que entre verdes y maduras,
no le quedará ninguna”.*

Cuando prácticamente el tío Camalecho se encontraba envuelto por sus fantasmales acusadores, sacando sus últimas fuerzas huyó despavorido río abajo buscando la protección de su casa y de su familia. Cuando llegó a ella contó a los suyos que las ánimas del purgatorio, habían ido a por él y que del susto se había puesto enfermo. Horas más tarde, un gran cólico precedido de fuertes dolores de vientre lo llevó a la tumba, convencido de que los visitantes habían sido las ánimas.

Posteriormente en la población se supo la verdad de lo sucedido, siendo un hecho muy comentado dado lo insólito y dramático de su desenlace.

* * *

La Joya de la Soledad



LA JOYA DE LA SOLEDAD

Ya hace muchos años, cuando yo aún no llegaba a la veintena, en una de las salidas a Sierra Bermeja, después de haber caminado durante bastante tiempo, decidimos descansar en un lugar que nos pareció idóneo. Desde el primer momento de encontrarnos en aquel sitio, sentí una sensación extraña que no supe precisar.

Pasaron los años y en cierta ocasión en la que charlaba con los amigos sobre las maravillas de nuestra Sierra Bermeja y de los extraordinarios parajes que en ella existen, me vino a la mente la extraña sensación que años atrás había percibido cuando descansaba debajo de uno de aquellos enormes pinos.

Sentí curiosidad y deseos de volver de nuevo a aquel paraje. Tal como lo pensé lo hice, pero en aquella ocasión en vez de ir acompañado decidí ir solo.

Una vez allí, y estando sentado bajo uno de aquellos pinos, volví a sentir aquella sensación, pero ahora supe que era agradable. Me sentía bien en aquel lugar. La mezcla del olor a pino con el frescor del lugar y las grandezas extraordi-

narias que desde allí se contemplaban me hicieron sentirme libre y despojado del egoísmo cotidiano por el que se mueve generalmente el hombre.

Allí me encontré solo. Solo en la inmensidad. Me sentí empequeñecido aún cuando tenía a mis pies todo el mar Mediterráneo, la villa de Estepona y los paisajes más extraordinarios que se pueden soñar. Sintiéndome pequeño noté la sensación de grandeza más fuerte de mi existencia y respiré la más grande y dulce soledad sintiéndome rodeado de la vida.

Las horas pasaron deprisa y al regreso bajé con un señor de unos setenta años que llevaba mi mismo camino. Le pregunté el nombre de aquel lugar y su respuesta me desconcertó bastante:

- ¿A usted también le gusta? –me dijo.
- ¿Verdad que es bonito?– prosiguió preguntándome.

Yo me he criado en la sierra. He guardado cabras y me gustaba venir por aquí. Ahora, me decía el hombre, cuando quiero sentir y pensar en mi mujer, que en paz descansa, vengo por aquí. ¿Verdad que uno se siente bien?

- Sí, le respondí. Yo también me siento bien.
- ¿Cómo se llama este sitio? volví a preguntarle.
- Joya de la Soledad– me respondió.

Me gustaba ese nombre, coincidía con la sensación que yo había percibido, una soledad agradable, deseada y reconfortante.

Siguió hablándome (los hombres que viven en la sierra hablan mucho y sobre todo conocen y saben contar historias), y me narró una bella leyenda de la época de la Estepona musulmana. Es curioso ver como las mismas sólo quedan en boca de personas que viven alejadas de la población, en el campo.

Me contó que encontrándose enferma la hija de un jefe moro de la Serranía de Ronda y estando desahuciada por los médicos, su padre, deseoso de aliviar en lo posible la enfermedad de su amada hija y tratando de complacerla en cuanto estuviese en su mano, le aceptó el cumplir su última voluntad que era de morir sola y alejada de su familia ya que no quería que sufriesen viendo su deterioro físico sino que prefería que guardasen el recuerdo de cuando su belleza y juventud eclipsaban a los cielos.

Un joven y fuerte guerrero solicitó al jefe moro ser el acompañante de la enferma ya que ella solamente quería que una persona estuviese a su lado al llegar el momento final. El joven lo pidió con tal firmeza que el padre no dudó en que este guerrero cuidaría de ella con abnegación y después traería su cuerpo para sepultarlo en el lugar donde las flores crecían más bellas y hermosas.

Partieron la joven y el guerrero después de una emocionada despedida de sus familiares y tras cabalgar durante varios días llegaron a un paradisíaco lugar, y en él, el joven preparó un lecho donde la joven descansara. Buscó las flores más perfumadas para que el aroma de la naturaleza penetrase en los sentidos de la muchacha y le ayudasen a conciliar el más reparador de los sueños mientras él vigilaría atento para que nada perturbase la calma de aquel lugar.

Durante varios días, quizás semanas, el guerrero cuidó de ella sin separarse de su lado. Le traía frutas frescas para

que se alimentase y agua de un manantial cercano para que refrescase su cuerpo abrasado por la fiebre.

Una mañana, ella le pidió ayuda para levantarse y dar un paseo, ya que el dolor abandonaba su cuerpo como liberándola de un lastre que la tenía prisionera. Él, lleno de gozo al escuchar esta petición puso su brazo para que la joven, apoyada en él, recorriese despacio el campo que les rodeaba. Sintió la mayor alegría de su vida al ver que la muerte que durante tantos días acechaba a aquél cuerpo para hacerlo suyo, huía derrotada. Juntos caminaron entre helechos y encinas, escucharon el pjar de los pájaros al tejer sus nidos, vieron latir la vida a cada paso, en el árbol, en la fuente, en el aire.

Allí la joven fue feliz con una intensidad desconocida hasta entonces. En aquel lugar lleno de paz se encontró con la vida. Volvió a correr y a reír, y pensó en muchas cosas; ella que había ido buscando la soledad para morir alejada de todos había encontrado la felicidad en aquella soledad, porque además de la vida, notaba que había encontrado el amor en aquel joven que tanto la había ayudado.

Cuando la joven se encontró completamente sana regresó con los suyos quienes al recibirla llena de salud cuando esperaban recibir su cuerpo sin vida, celebraron fiestas de forma que la tristeza de los meses anteriores dio paso a las risas y los cantos.

Terminó el viejo cabrero su relato contándome que muchas veces regresó la joven a aquel lugar al que desde entonces comenzaron a llamar Joya de la Soledad.

No me dijo si regresaba sola o acompañada por aquel guerrero. Nos gustaría imaginar el final de la leyenda viendo compartir la felicidad a dos seres que se amaban y que este

sentimiento hubiese triunfado sobre la diferencia social y económica que la sociedad valoraba en exceso.

* * *

Morir de pie



MORIR DE PIE

Esta leyenda la he escuchado en diferentes lugares de Sierra Bermeja así como a D. Ignacio Gavira, que la situaba en la época morisca y recayendo el protagonismo de la misma en el hijo del Meliche, herido por el cabo de cuadrilla D. Bartolomé Gutiérrez Duarte, natural de Cartagima.

Contaré el hecho tal y como yo lo he oído a los hombres del campo que lo habían escuchado de sus abuelos.

Cuentan que hace muchos años, cuando todos nuestros campos y nuestra sierra estaban habitados por los moriscos que vivían dedicados al cultivo de sus tierras y del pastoreo, llegó una orden del rey de los cristianos por la que se les prohibía celebrar actos religiosos musulmanes y se les obligaba a abandonar sus vestimentas tradicionales y se les exigía convertirse al cristianismo. Esta orden fue muy mal recibida por estos humildes campesinos que ya venían soportando estóicamente las vejaciones a que los cristianos los sometían frecuentemente. En otros lugares de la geografía andaluza comienzan a producirse levantamientos contra estas medidas de los cristianos, por lo que los moriscos de Sierra Bermeja se unen a los mismos. Durante este tiempo ocurren

hechos que merecerían no ser olvidados. Así fue el protagonizado por un joven campesino, casado y con varios hijos, que alternaba el cultivo de la tierra con el pastoreo.

Cierta mañana, salió con el ganado y desde lo alto de una colina lejana a su casa, creyó observar cómo de su hogar salía una gran columna de humo, por lo que le asaltó un gran temor ya que sabía que grupos de cristianos se acercaban merodeando por lugares de nuestra sierra. Abandonó el ganado en el monte y corriendo bajó y subió las distintas lomas que le separaban de los suyos y cuando consiguió llegar, extenuado por el cansancio, el espectáculo que tuvo ante sus ojos fue dantesco. Su mujer, que había sido violada ante las miradas asustadas de sus hijos, se encontraba sin vida junto a sus cuerpos que yacían en un rincón de la casa, muertos también. Ante ellos y con la desolación de un campo arrasado y la densa humareda de un granero ardiendo, juró ante Alá vengar aquella villanía.

Preparó sus cosas y se marchó llevándose el ganado hasta un campamento cercano donde se unió a uno de los muchos grupos de sublevados para junto a ellos luchar contra el enemigo. Pronto empezó a destacar por su valentía en los combates, por su audacia en la preparación de los encuentros con los cristianos, pero sobre todo por la astucia y la inteligencia con que dirigía la lucha, dando la impresión de que en cada combate en el que intervenía parecía tener enfrente a los que habían asesinado a su familia.

Su fama traspasó nuestra sierra ya que además participaba en cuantos enfrentamientos se llevaron a cabo, sin ser nunca apresado, guerreando de un lugar a otro acompañándose al final de sus años por una mujer a la que conoció en la guerra de Granada y a la que quiso con toda su alma.

Al pasar los años y sintiendo el cansancio en sus hue-

sos, decidió retirarse a los campos que un día abandonó. Cuando regresaba a los mismos atravesando una profunda cañada fue divisado por una patrulla cristiana que disparó contra él hiriéndole en ambas piernas. Malherido y sacando fuerzas de donde no las tenía, pidió a su compañera que le ayudase a subir al puerto de Peñas Blancas que se encontraba cerca de aquel lugar y por donde la patrulla que le había herido debería pasar días después.

Una vez en el puerto, rogó a la mujer que hiciese un profundo hoyo donde poder introducir la mitad de su cuerpo ya que no podía mantenerse erguido sin ayuda y deseaba morir como había vivido, en pie. Después de unas horas de trabajo bajo el duro sol de la sierra, quedó enterrado de cintura para abajo. A su lado, fiel compañera de dificultades, la mujer contemplaba su rostro, hasta que la noche cubrió con su cielo estrellado las últimas horas de ambos. Los luceros de la noche brillaban más que nunca y, bajo el cielo, volvieron a jurarse amor eterno, recordaron vivencias, momentos duros pero felices por la seguridad que ambos se transmitían; También recordó a los suyos con los que pronto se reuniría.

Al amanecer pidió a su compañera que intentase salvar su vida alejándose de aquel lugar. Ella obedeció porque sabía que esa era su voluntad y aunque le dolía enormemente dejarlo allí, cuando volvió la cabeza vio la sonrisa en la cara de aquel guerrero orgulloso y valiente como pocos lo habían sido.

Allí espero a la patrulla; sin darles tiempo a reaccionar y ante la sorpresa de ellos, disparó de forma rápida y certera sobre aquel grupo de cristianos que, uno tras otro, fueron muriendo junto a él.

Pero la mujer, arrepentida de haberlo dejado solo, vol-

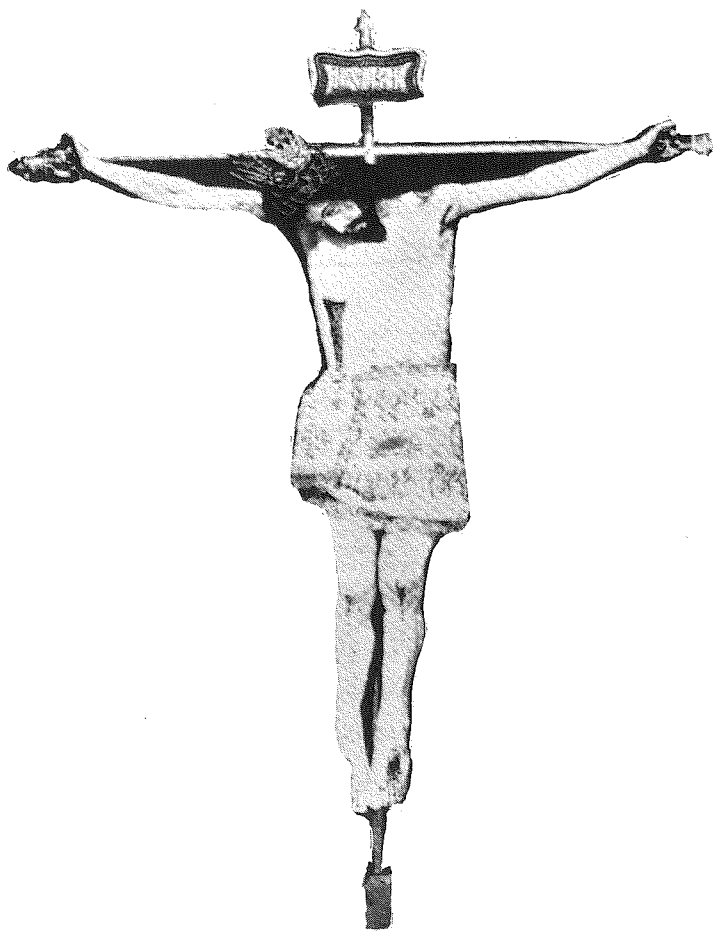
vió sobre sus pasos desandando los mismos y pensando que iba a encontrarlo sin vida, pero al llegar a su lado la tristeza de su rostro se convirtió en la alegría más inmensa. El destino había querido salvar la vida del soldado, así que desenterró sus piernas y subiéndolo en uno de los caballos de la patrulla derrotada lo llevó a un poblado cercano donde pudieron curarle.

Los últimos años de sus vidas los pasaron juntos compartiendo la serenidad de sus ocasos.

Pero ¿Quién pudo ser este personaje?, ¿El Meliche?, ¿Su hijo?, ¿Quizás aquel gran soldado que fue el Jehri de Benestepar?, ¿O quizás un soldado anónimo de los muchos que debieron existir en Sierra Bermeja?. No sabemos, pero sí podemos asegurar que era un soldado valiente, nacido en esta luminosa tierra de la que se sintió orgulloso y a la que defendió porque consideró suya.

* * *

El Cristo de la Vera Cruz



EL CRISTO DE LA VERA CRUZ

Nos cuenta la leyenda que allá por el año 1502, cuando la población de Estepona era de unos veinticinco vecinos, en un cerro cercano a la población y lleno de pinos, se encontraron un Cristo crucificado que parecía que había sido escondido por los primeros cristianos que habitaron la población aproximadamente por el año 1318 fecha en la que el rey nazarita granadino Isma'íl I cede esta villa al rey cristiano Alfonso XI, y que debieron abandonarla de forma precipitada en época de Yusuf I hacia el año 1333.

Pues bien, a este Cristo encontrado le hicieron una capilla que se construyó con la madera de los mismos árboles que se tuvieron que talar para dejar libre el terreno donde iba a levantarse la edificación. Más tarde la madera se transformaría en mampostería. A esta ermita llegaron los frailes de la Orden Terciaria de Penitencia de San Francisco, procedentes del convento de Caños Santos, del pueblecito gaditano de Alcalá la Real. Con el tiempo y costeado por los vecinos se construiría junto a esta ermita el convento de San Francisco.

El Cristo encontrado empezó a ser venerado entre la

población y se cuenta que en cierta ocasión cuando muchos fieles se encontraban reunidos rezándole, al pronunciar la frase “échanos tu bendición”, al Cristo se le desclavó el brazo derecho y bendijo a los devotos. Se cuenta también que en otra ocasión, en el año 1712 fondearon en la bahía esteponera buques de la marina de guerra inglesa y que durante tres días estuvieron bombardeando el pueblo. Ante este hecho, los vecinos abandonaron el castillo de San Luis y se marcharon a refugiarse al convento de San Francisco, implorando al Cristo crucificado que les librase del fuego de los ingleses. En el momento en que estos vecinos se encontraban rezando, una bala entró en la capilla y destrozó el cuerpo de la imagen sin hacer daño a ninguno de los fieles.

Posteriormente, para poder seguir venerándose a este Cristo destrozado se le hizo un sepulcro y en él se le colocó.

También se cuenta que por estas mismas fechas, al no haber llovido durante todo el año, el Cristo fue sacado en procesión acompañado por el pueblo que imploraba lluvias. Éstas llegaron tan rápidamente y con tanta intensidad que la procesión tuvo que suspenderse.

Ante este hecho que fue calificado como milagroso, se hicieron fiestas y novenas en honor del Cristo de la Vera Cruz.

Sabemos que a una de las predicaciones de estas novenas vino a Estepona el predicador Fray Diego de Cádiz que hoy recibe culto en los altares. Se cuenta, y esto entra dentro de la más pura leyenda, que el sepulcro en el cual fueron metidos los restos del Cristo destrozado por el proyectil inglés fue olvidado por los miembros de la comunidad religiosa, retirado de la capilla y colocado bajo la cama de uno de los dormitorios de aquellos frailes. Pasado el tiempo, llegó al convento un fraile llamado Fray Gonzalo, un hombre tre-

mendamente bueno, abnegado y con grandes cualidades y dotes escultóricas, al que las circunstancias o el destino se aunaron para que Fray Gonzalo fuese a tomar por cama aquella bajo la que se encontraba el sepulcro de madera con los restos de la imagen. Llegada la media noche, el fraile oía noche tras noche una voz que salía de debajo de su lecho y que le decía “¡Gonzalo..., Gonzalo..., restáurame...!”. Al principio creyó que esta voces, las oía en sueños, pero viendo que éstas continuaban puso el hecho en conocimiento de sus superiores, los cuales se dirigieron al lecho del fraile y mirando debajo del mismo encontraron una caja de madera que desclavaron, apareciendo en su interior los restos del Cristo destrozado.

En ese momento comprendió Fray Gonzalo las llamadas que había escuchado, poniéndose inmediatamente a restaurar la imagen sagrada. Desde entonces dejó de escucharlas y pronto la imagen del Cristo fue restaurada y trasladada nuevamente por la comunidad al altar celebrándose fiestas y una procesión alrededor del convento.

Estas son algunas de las cosas que la leyenda nos cuenta del Santo Cristo de la Vera Cruz. Lo que sí es curioso y por ello lo cuento a Vds. es que en la investigación que he llevado a cabo sobre el convento de San Francisco, de los Franciscanos Terceros, que así era como se le llamaba al lugar donde se veneraba al Cristo de la Veracruz, encuentre el nombre de un fraile llamado Fray Gonzalo de la Santa Rosa allá por el año 1778.

En estos momentos me formulo una pregunta ¿Pudo ser éste el Fray Gonzalo del que nos habla la leyenda?.

Hasta hace unos años se conservaba la tradición de regalarle al Cristo de la Vera Cruz productos del campo que eran subastados luego entre los vecinos, obteniéndose con

ello dinero que se destinaba al culto del Cristo. Esta subasta se realizaba en la Plaza de San Francisco y era curioso ver cómo por un conejo, una fuente de ricos roscos, un gallo o un cerete de higos se pagaban hasta veinte o treinta veces su valor real.

* * *

El Zagaleta



EL ZAGALETE

Una leyenda que corre de boca en boca entre los hombres que habitualmente viven en Sierra Bermeja y que conocen muy bien los que se han criado en ella, habiéndose transmitido oralmente de padres a hijos, es la de la Fuente Amargosa, (ubicada en el paraje conocido por los Polvitos).

Se cuenta que en plena sublevación de los moriscos de Sierra Bermeja, debida en gran medida a que no quisieron aceptar la religión cristiana, todos independientemente de su edad, tenían que contribuir a la defensa de sus vidas, animales y pertenencias.

Los hombres alternaban la guerrilla con el cultivo del campo, mientras las mujeres preparaban y buscaban los alimentos y ponían a punto las armas de sus esposos. Los niños se dedicaban al pastoreo y a la vigilancia de zonas determinadas para que en el menor tiempo posible los suyos conociesen la presencia de los soldados del reino cristiano y así poder organizar la retirada hacia otras zonas o bien preparar una emboscada o encerrona ya que eran buenos conocedores de la sierra.

Uno de estos niños, con apenas diez años, vigilaba desde el pico que actualmente conocemos con el nombre de el Zagaleta.

Desde este punto la vista de Sierra Bermeja es casi total. Pero a pesar de ello no se apercibió de que un grupo de soldados cristianos habían subido hasta allí sin que nadie detectase su presencia. El niño se vio acorralado y en vez de amedrentarse o asustarse como hubiese sido lo normal en un chico de su edad, empezó a defenderse con las únicas armas que tenía a su alcance, piedras. Cuando comprendió que su lucha era inútil y que era necesario avisar a los suyos de la presencia de los enemigos, decidió emprender una veloz carrera y con todas las fuerzas que le daban sus jóvenes piernas se lanzó monte abajo.

Los soldados cristianos no podían permitir que el chico pusiera en peligro su plan una vez que los moriscos conociesen su presencia en la sierra, por lo que le persiguieron e hirieron de muerte. Allí quedó el niño malherido abandonado por los soldados que pensaron habían matado al pequeño. Cuando ya se habían alejado, el niño, haciendo un gran esfuerzo se arrastró por la maleza hasta llegar al campamento de los Polvitos, demostrando con su valor que era digno descendiente de su padre, el Jehri de Benestepar, respetado por su valor y astucia en las guerras de Granada.

Una vez contado lo sucedido, murió en brazos de su madre, después de que hubiesen lavado sus heridas en una fuente que se encontraba en aquel lugar. Cuenta la leyenda que tanta amargura tuvo la madre que al caer sus lágrimas a la fuente, transmitió su amargura al agua y que junto al cuerpo sin vida del hijo, el Jehri juró vengar su muerte y aquella noche cayó con los suyos sobre los soldados cristianos a los que destrozó.

Si la leyenda fuese cierta podríamos decir que este hecho fue aquel en el que perdió la vida el gran soldado cristiano Alonso de Aguilar. Pero en una leyenda... ¿dónde empieza la ficción y dónde la realidad? Lo cierto es que en Estepona existe la Fuente Amargosa y sus aguas amargas tienen propiedades curativas. Diariamente acuden a tomarlas muchos enfermos del hígado y el bien que éstas hacen es indudable. Su composición es de sulfato de magnesio, muriato de cal y muriato de magnesio.

Si alguna vez te acercas a la fuente y miras hacia el Norte y a tu derecha, verás allí en lo alto un pico redondo, más bajo que Los Reales y que tiene forma de un turbante árabe colocado sobre una cabeza. Quizás en un principio los dioses quisieron darle esta forma para que siempre se recordase la hazaña que muchos años después llevaría a cabo un niño de diez años.

Erguido, firme y altivo queda para siempre el Zagalete. Atento vigilante no sólo de la Fuente Amargosa sino del pueblo blanco que se alza a sus pies.

* * *

El Cerro de la Mora



EL CERRO DE LA MORA

Aproximadamente a un kilómetro del casco antiguo esteponero, a la espalda de la Barriada de Pescadores, hacia Algeciras y cerca de la actual plaza de toros, existe un cerro desde el que hace tan sólo unos años se podía divisar gran parte de la costa del término municipal de Estepona. Durante mucho tiempo sirvió como punto de referencia para los marineros que se encontraban pescando, así como para los barcos que navegaban por nuestras aguas. Se le conoce con el nombre de cerro de la Mora y a su poniente nace la fuente del Piojo.

De este cerro escuché hace bastantes años la siguiente leyenda: Se cuenta que allá por el siglo XIV, antes de que Estepona fuese conquistada por segunda vez por los musulmanes, llegó a estos lugares una linda joven que montando sobre un brioso y blanco caballo que hacía resaltar su tez morena y sus inmensos ojos negros, impresionó a todos por su extraordinaria belleza ya que tan singular amazona era como un desafío a la naturaleza. Le acompañaban dos jinetes que por su ropa denotaban ser soldados musulmanes. Juntos se dirigieron a este cerro para esperar en la cima del mismo la llegada del amado de la joven, que era un rey granadino por cuyo

amor pensaba dejarlo todo y embarcar en las playas estepeone-
ras con la esperanza de cruzar el mar y llegar a las costas
africanas.

Su mirada se dirigía impaciente en la dirección por la
que esperaba apareciese su amado, sin dejar en ningún mo-
mento de observar los caminos que allí afluían. Pero como
pasaron varios días sin que apareciese ni tuviesen noticias
suyas, la joven mora comenzó a sentir inquietud y temor
que inundaban su alma llenándola de dolor ante la idea de
que aquel retraso fuese causado por alguna situación adver-
sa, por lo que envió a uno de sus acompañantes a que inves-
tigase los motivos de aquel retraso que tanto le preocupaba.

Durante el tiempo en que la joven permaneció esperan-
do la llegada de noticias no dejó un solo instante de recordar
los momentos felices vividos junto a su amado, evocó los
atardeceres bajo el cielo granadino, los proyectos trazados
en común, las ilusiones mutuas.

Pero el tiempo continuaba su desgranar implacable y
las noticias seguían sin llegar, lo que la decidió a enviar al
segundo soldado para dirigirse hacia Algeciras en busca de
información que pudiese aliviar sus nervios tan tensos por
la espera. Los segundos parecieron transformarse en horas y
las horas en siglos durante los cuales aquella mujer se llena-
ba de temores. Pero cuando el mundo se hundió ante ella
definitivamente fue al ver subir por la ladera del cerro a uno
de sus hombres fieles y adivinó que llegaba malherido. Co-
rrió a su encuentro ayudándole a descabalgarse e interesándo-
se sobre el por qué de su estado tan lastimoso. El joven le
contó su enfrentamiento con un grupo de musulmanes a los
que encontró en su camino y a los que había preguntado si
sabían noticias de su señor, y que sarcásticamente le refirie-
ron la muerte del rey granadino, por lo que su indignación
le hizo atacarles con su cimitarra arremetiéndolo con furia

contra ellos, tanto que a pesar de ser un grupo numeroso les costó mucho trabajo reducirle y tras una dura lucha le abandonaron creyéndole muerto. Cuando se alejaron logró subir a su caballo con ayuda de Alá y así llegó hasta el cerro para poder traerle la mala nueva de que su amo y señor había sido asesinado en una emboscada criminal cuando el rey regresaba feliz soñando encontrarse con el ser al que amaba tanto, pues estaba seguro de que ella le esperaba en el lugar convenido. También le contó cómo sus últimas palabras habían sido de recuerdo para ella, muriendo mientras pronunciaba su nombre.

Aquella bella mujer lloró sin consuelo, con pena, dolor y rabia. Después de escuchar aquel relato la vida había dejado de tener sentido porque vivir sin él no era vivir. Por ello, pidió al soldado que no dudase en cumplir la orden que iba a darle porque este era su deseo. Le ordenó que le sacase los ojos y los arrojase al fuego de la hoguera que estaba encendida junto a ellos. Ella no deseaba que aquellos ojos que tantas veces habían penetrado en el alma del hombre al que amaba, que habían brillado como estrellas al reflejarse en los de él, volviesen a mirar a ningún otro hombre.

En vano intentó disuadirla de este empeño el buen soldado y tras los ruegos y súplicas constantes de la joven mora, cumplió aquella orden que tan difícil le resultaba ejecutar; sacó sus ojos y los echó al fuego pero cuando éstos cayeron en la hoguera ésta se apagó completamente como si una fuerte lluvia hubiese arrojado agua sobre las llamas. Dicen que esto se debió a la gran cantidad de lágrimas que aquellos ojos negros arrojaron con tanta tristeza. Y dice la leyenda que continuaron su llanto a través del tiempo haciendo nacer una fuente en la misma tierra en que habían caído.

Nada más sabemos de la joven ni del soldado, quizás

lograsen sobrevivir y a partir de aquel día caminasen por los senderos de Andalucía contando al mundo el amor de una mujer por un hombre y cómo este sentimiento continúa aflorando en el agua limpia y clara de la fuente.

La primera vez que probé el agua de la fuente del Piojo me supo amarga, como amargos debieron ser los últimos momentos de aquellos seres. Quizás en un principio esta fuente tuviese otro nombre. En el siglo XVIII se la conocía como fuente del Pirojo y es posible que el tiempo deformase esta denominación, porque podría ser fuente de la hoguera de los ojos ya que “pira” es una hoguera.

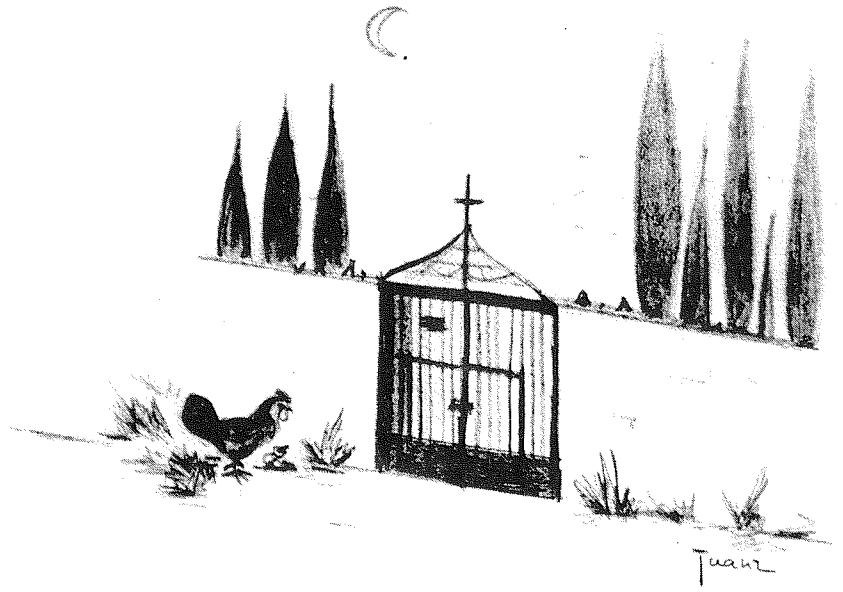
Cuando termino este relato, una pregunta me invade la mente ¿Pudo ser este rey moro granadino Muhammad IV, que fue asesinado el veinticinco de agosto de mil trescientos treinta y tres por Abotebe y Abrehen, hijos de Ozmín, que le tendieron una emboscada en un lugar cercano y hacia Poniente del cerro de La Mora cuando éste se dirigía a las playas de Estepona?

Nunca llegaremos a saberlo pues el secreto quedó enterrado una tarde siglos atrás.

Si alguna vez se acercan Vds. a este lugar y beben el agua de esta fuente, piensen que tal vez están bebiendo las lágrimas amargas de los ojos de una bella y dulce joven que continúa llorando a través del tiempo.

* * *

La Gallina del Infierno



LA GALLINA DEL INFIERNO

Esta leyenda nació allá por la tercera década del siglo XIX. Quizás sea una de las más conocidas de todas las que por aquí se oyen, siendo incluso conocida por algunos niños.

Aconteció en un día de verano que pasada la media noche, varios campesinos se dirigían a regar sus huertas situadas cerca del río La Cala y cuando se encontraban en las inmediaciones del cementerio de la población, que era lugar obligado para llegar al río, de repente se encontraron con una gallina rodeada de muchos pollitos que piaban asustados. Les sorprendió el hecho de ver una gallina a estas horas en las que suelen estar durmiendo y eso les infundió un gran pánico cuando pensaron que dado que estaba en la puerta del cementerio era presagio de algo malo, que incluso podía ser el diablo, por lo que aterrorizados optaron por volver a sus casas y no ir al campo. Al día siguiente, todo el pueblo comentaba este suceso.

Había entre los vecinos un par de hombres cuya valentía era muy reconocida, los cuales decidieron ir aquella no-

che a “cortarle el pescuezo a la gallina”. Esperaron que sonasen las doce en el reloj y se dirigieron al cementerio. Allí, como en la noche anterior se encontraba la gallina con sus polluelos. Una cosa muy distinta era hablar en el bar y otra muy distinta encontrarse allí junto a ellos. Sus valentías se fueron transformando en miedos y temores, hasta el punto de que uno de ellos comentó lo inútil de la marcha, el otro afirmaba que efectivamente era razonable el pensar en volver a sus hogares y no retar a los espíritus. El tercero, ante estos comentarios se enfadó llamándolos cobardes y afirmando que él continuaría si ellos decidían regresar. Así que ante la negativa de los compañeros a continuar la aventura, inició la marcha en solitario.

Cuando nuestro hombre se vio inmerso en aquella noche tan oscura, empezó a arrepentirse de su decisión. Cualquier matojo que se encontraba le parecía un ser fantasmagórico, cualquier ruido a sus espaldas le hacía pensar que eran sonidos de pisadas de alguien que le estaba siguiendo y un rayo de luna que rasgaba la oscuridad de la noche, era para él como dos grandes ojos que le atravesaban. Pero no podía retroceder tenía que seguir y mantener su fama de valiente.

Al llegar al Soto de los Porqueros que se encontraba algo más abajo del Callejón de los Matagentes y al pasar por uno de los muchos tarajes que existían en el río, sus nervios se encontraban a punto de estallar por la gran tensión a que estaban sometidos. De repente sintió un golpe fuerte en la espalda y sin tener tiempo para defenderse quedó inconsciente. Sin capacidad de reacción y sin oponer ninguna resistencia fue golpeado de nuevo en todo su cuerpo. Al cabo de un buen rato, magullado y dolorido, regresó al pueblo corriendo alocadamente.

A partir de ese día ningún vecino se atrevía a subir por el río de La Cala una vez que llegaban las doce.

Las apariciones de la gallina se repetían en diferentes épocas del año y muchas personas afirmaban haber sido testigos de su presencia. Se buscaron explicaciones naturales y sobrenaturales del hecho, por lo que unos decían que eran almas del Purgatorio, otros que los malos espíritus que salían de noche y que vagaban por los campos deseosos de apoderarse del alma de algún mortal.

Circunstancialmente llegué a conocer el fondo y la verdad de este hecho y quiero contárselo a ustedes.

Los campesinos de La Cala sufrían al llegar la época veraniega el peso de la sequía y establecieron turnos para regar sus campos. Pero a veces a pesar de estas medidas el agua no llegaba a los huertos más bajos del margen del río. Fue el dueño de una de las últimas tierras el que para poder tener agua ideó el poner una gallina con los polluelos y él colocado detrás del taraje golpeó al valiente. Así ante el miedo colectivo a la noche él tenía muchas horas de agua de riego para sus campos. Su ingenio, aunque egoísta, consiguió que su huerta no solamente se salvara de la sequía sino que se convirtiese en un vergel.

* * *

La Fuente de María Gil



LA FUENTE DE MARÍA GIL

No hace mucho tiempo la extraordinaria cantante Mari Trini, en una de sus canciones cantaba así: “Quién a los quince años, no dejó su cuerpo abrazar”. Nosotros decimos ¿Quién a los quince años no estuvo en la Fuente de María Gil, a dejarse abrazar y abrazar el cuerpo de su compañera o amiga?.

El lugar donde estuvo o está situada la misma era abrupto y rocoso, pero lleno de bellos rincones, desde donde se divisaban las casas blancas de cal de Estepona, y al fondo, tocándose con la mano, el mar Mediterráneo. Desde allí se contempla la costa, tanto la española como la africana y cómo no, Gibraltar. La paz y la tranquilidad que se respiraba en aquel elevado lugar sólo se podía comparar con la que se sentía en aquellos faluchos, jábegas, barcas y veleros que aparecían a lo lejos deslizándose por las aguas de nuestra bahía.

Aquel remanso de sosiego nos predisponía a expresar nuestros sentimientos cuando el amor comenzaba a nacer.

Yo nunca bebí agua de la Fuente de María Gil.

*Yo nunca vi brotar el agua por aquella fuente.
Yo nunca vi esa fuente.
Hay quien dice que vio y bebió de sus aguas*

Sin embargo la fuente de María Gil estuvo allí, está allí, muy cerca de donde actualmente se encuentra ubicado el Instituto de Formación Profesional, pero sobre todo estará siempre en el corazón de todas las generaciones pasadas y en las mentes de aquellas mocitas quinceañeras que hoy calientan sus huesos cansados a la lumbre de una “copa eléctrica” viendo reír a sus nietos.

Quizás ellos nunca lleguen a conocer la fuente de María Gil. Quizás ellos no necesiten ir tan lejos para amarse, quizás, pero quede aquí constancia para siempre de que uno de los balcones desde donde asomábamos nuestros ojos, nuestras almas y nuestros corazones, fue éste, la fuente de María Gil.

Nunca bebimos el agua de esta fuente, pero sí bebimos la belleza, el amor y la vida misma que su recuerdo nos transmite. Todavía en cualquier reunión de cualquier día se oye esta cancioncilla que no hay esteponero que no la conozca:

*Tres cosas tiene Estepona
que no las tiene Madrid,
El Monterroso, La Cala,
y la fuente María Gil.*

* * *

La Playa del Cristo



LA PLAYA DEL CRISTO

En cierta ocasión, la esposa de un viejo y ya desaparecido pescador, me contó la historia de la Playa del Cristo. Esta leyenda se había ido transmitiendo de forma oral de generación en generación, especialmente porque mientras se dedicaban al remendado de las redes se solía hablar y contar hechos que los mayores conocían.

Cuentan que como todos los días, las pequeñas barcas se hicieron a la mar con la ilusión de obtener una buena pesca y con ello la recompensa a su duro trabajo. Ninguno de aquellos pescadores podía sospechar que aquellas aguas tranquilas que iban dejando detrás de sus barcas, horas más tarde se convertirían en turbulentas y embravecidas enemigas. Un gran vendaval llegó de forma inesperada sin dar tiempo a estos marineros a dirigir sus barcas hacia la playa, por lo que durante varias horas comenzó a librarse una dura batalla entre los pescadores y el mar. A pesar de que eran hombres fuertes y de que estaban acostumbrados a enfrentarse con dificultades, les costó un esfuerzo sobrehumano conseguir llegar a la orilla.

Solamente una de aquellas barcas veía llegar la noche

sin conseguir su propósito. La lucha que sostenían los marineros de la misma contra el oleaje era gigantesca. Desde la orilla muchas personas asustadas podían darse cuenta de cómo la barca era azotada una y otra vez por aquel mar enfurecido y decenas de ojos estaban posados en ellos con el dolor de sentir su impotencia para poder prestales ayuda. Sólo podían rezar y mirar al cielo, como intentando detener a la noche que llegaba con su oscuridad terrible y lloraban de angustia pensando en la suerte de aquellos hombres cuya barca se iba perdiendo hacia poniente y sumergiéndose en las sombras.

Cuando todo se consideraba perdido, cuando todo parecía inútil y cuando los marineros se encontraban extenuados por el esfuerzo realizado, se abandonaron a su suerte dejando que el mar se cobrase el precio tan alto de sus vidas. Pero fue entonces cuando se produjo lo que todos calificaron como milagro.

Junto a la proa de la barca apareció incomprensiblemente un gran resplandor y, según ellos contaron después, una fuerza desconocida y firme los arrastró hacia la playa.

Cuando llegaron a la arena, las lágrimas se fundieron con los abrazos de sus familiares y vecinos que no esperaban verlos sanos y salvos.

Y ante los ojos atónitos de todos, el resplandor fue desapareciendo poco a poco. Nadie se explicaba lo que había ocurrido, pero cuando la luz se extinguió como fundiéndose con la tierra, sobre la playa y junto a la proa de la barca vieron una cruz de madera con la imagen de un Cristo crucificado que parecía sonreírles.

El Cristo fue recogido y venerado por todos, y desde entonces a aquel lugar se le empezó a llamar Playa del Cristo.

Nada hemos podido saber con exactitud con referencia a esta imagen ni qué pasó después, pero es posible que esto ocurriera en el primer período de la Estepona cristiana, allá por los años 1318 a 1333. De haber sido así ¿No pudo ser este Cristo el encontrado en el lugar donde años más tarde se levantó la Ermita del Santo cristo, al haber sido escondido por estos primeros cristianos que habitaron Estepona y que tuvieron que abandonarla en 1333 al ser reconquistada por los musulmanes nazaritas?.

Sin embargo, como todas las leyendas, no sabemos dónde está la barrera que separa la realidad de la fantasía, sólo podemos afirmar que forman parte de nuestras tradiciones más antiguas.

* * *

La fuente de Yata-Bel



LA FUENTE DE YATA-BEL

En las estribaciones de Sierra Bermeja, entre la que fuera ciudad romana de Lacipo y sierra Crestellina, existe un bello paraje al que se le conoce en la actualidad como Cortijo de Alechipe, dado que en este lugar estuvo situado el que fuese poblado morisco de Alechipe.

Entre los lugareños que aún habitan las blancas casas de labranza que salpican las faldas de esta sierra, se cuenta la leyenda de Yata-Bel.

Hemos oído varias versiones de esta leyenda, pero todas giran en torno a una joven y bella mujer, al agua que alimenta la fuente, a un maravilloso jardín y a dos jóvenes que rivalizan por el amor de la hija de un reyezuelo gobernante de aquellos territorios. De todas ellas voy a contarles la que más me gustó.

Se dice que al principio del presente milenio gobernaba en estos lugares un reyezuelo musulmán que habitaba una gran mansión situada en la falda de la ciudad de Lacipo, en los terrenos que hoy se denominan el Torrejón. Tuvo el mo-

marca la suerte de ser padre de la criatura más hermosa que jamás se hubiera visto y que era motivo de felicidad, no sólo para él, sino también para los habitantes de aquellos campos veían crecer a la pequeña Yata-Bel como a la más bella de las rosas. Todos admiraban su inigualable belleza así como la grandeza y sencillez de su alma que hacía prender brotes de amor en los corazones.

Entre los que suspiraban por conseguir su amor, rivalizaban dos hombres bien distintos. Uno de ellos era un poderoso hacendado al que pertenecían las fértiles vegas del río Genal situadas hacia poniente del Torrejón. Los frutos que éstas producían le convertían en un hombre rico.

Por el contrario, el otro enamorado era un humilde agricultor que no poseía más que unas pocas fanegas de tierra junto al puerto de Las Viñas, en el lugar conocido como Castel. La pobreza de las tierras había obligado a su padre a trabajar de sirviente en la mansión real, por lo que siendo de edades parecidas entablaron una amistad fuera de rígidos protocolos. Juntos conocieron la belleza de las flores de aquel valle que recorrían descubriendo los secretos que la naturaleza les mostraba a su alrededor. Juntos habían visto anidar a los pájaros en las ramas de los árboles más frondosos. Juntos habían aprendido a descifrar los sonidos del campo por la noche, y juntos habían descubierto el amor. El amor en la más perfecta compenetración de dos seres que pensaban, vivían, soñaban y deseaban realizar una vida juntos.

Pero este amor no era lo que deseaba para Yata-Bel su padre. Éste invadido por la ambición quería casar a su hija con el rico hacendado. Pero conociendo los sentimientos de la joven buscó la forma más sutil de hacer cumplir su voluntad. Así, cierto día lanzó a los cuatro vientos un bando

en el cual ofrecía la mano de su hija al hombre que lograra llevar agua a aquella sierra.

Sabía que las tierras del rico se encontraban cerca de un río, por lo que sus probabilidades de éxito eran considerables.

Muchos fueron los hombres que emprendieron la ardua tarea de llevar agua a un terreno difícil, pero sus esfuerzos no se vieron recompensados por el éxito. Tampoco el hombre rico conseguía poder llevar ese preciado líquido con el que alcanzar la mano de Yaya-Bel. Se rodeó de personas expertas cuyos consejos no le sirvieron sino para obtener nuevos fracasos.

Por su parte, el joven enamorado, estudió durante muchos días y noches la forma de canalizar el agua desde un manantial. Calculó las alturas, buscó materiales, construyó canales. Logró vencer la resistencia de la naturaleza. Tras grandes esfuerzos logró conseguir su propósito.

Fue entonces cuando se acercó al monarca para solicitar la mano de Yata-Bel ya que su empresa había sido culminada con éxito.

En el día y hora convenido, todos se dirigieron al lugar donde el agua debía aflorar a la superficie. Yata-Bel reía feliz en aquellas horas que consideraba las más felices de su vida.

Pero el destino quiso empañar aquella sonrisa convirtiéndola en la mayor de las tristezas. Al llegar todos pudieron ver horrorizados como el cuerpo del joven yacía en la tierra con la cabeza destrozada.

Cuando levantaron el cuerpo de aquel infortunado mu-

chacho, un gran caño de agua brotó del suelo. Este hecho asombró a los presentes y de forma especial a Yata-Bel que sumergiendo su rostro en la naciente agua sintió una suave caricia en todo su ser.

Desde aquel día a este lugar se le llamó fuente de Yata-Bel.

No se supo quién fue el causante del crimen, aunque los celos hacían que la gente recelase del despechado al que veían como culpable.

Sigue contando la leyenda, que la joven y bella mujer se entregó al recuerdo del amado. Con el paso del tiempo y al morir su padre gobernó aquellas tierras, decidiendo convertir dicho paraje en un maravilloso jardín que personalmente cuidaba. Junto a la tumba de su amado plantó rosales, azucenas, violetas y trepadoras madreselvas de amarillas flores.

Esta leyenda pudo tener origen en hechos verosímiles. Yo he visto personalmente esas conducciones de agua en las faldas de aquellas sierras, como se puede comprobar si se visitan estos lugares.

Todavía las rosas, las azucenas y las violetas silvestres florecen junto a la fuente de Yata-Bel.

ÍNDICE

Presentación	7
El nacimiento de la Adelfa Roja	9
La Punta de la Plata	15
Las Cuevas del Duende	23
La Punta de la Doncella	29
El Colmenero	35
Pasadizo del Amor	41
El Tesoro Escrito	47
El Nacimiento del Arco Iris	53
El sitio de la Zaina	59
El Torreón de la Bruja	65
La Diosa Oropel	71
El Callejón de los Lobos	77
La Loma del Terrible	85
El Tesoro de los Marineros	91
El Lance del Moro	97
La Garganta del Infierno	105
El Tesoro Perdido	113
La Cabezada del Miedo	121
La Dama Tapada	127
La Casa de los Espantos	135

El Tesoro de los Moriscos	141
La Calle del Chorro.....	147
El Peral de Camalecho	153
La Joya de la Soledad	159
Morir de pie	167
El Cristo de la Vera Cruz.....	173
El Zagaletе.....	179
El Cerro de la Mora.....	185
La Gallina del Infierno.....	191
La Fuente de María Gil	197
La Playa del Cristo	201
La fuente de Yata-Bel	207